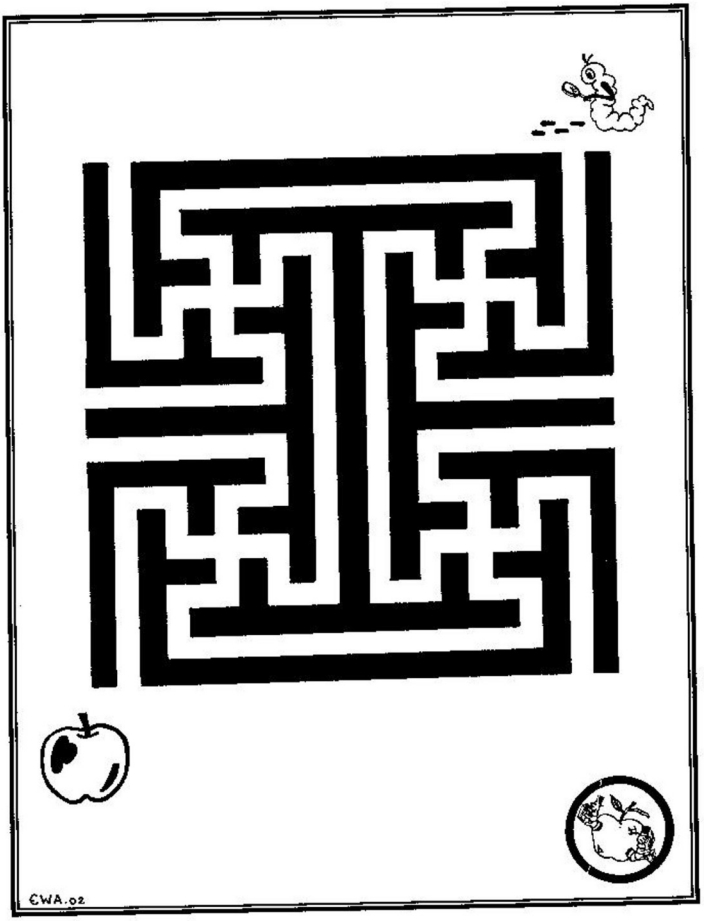
BUSCANDO A WERTHER DESESPERADAMENTE



BUSCANDO A WERTHER DESESPERADAMENTE

Redactores: JLM y JCJ. Nº12. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Lo has adivinado: este número de la revista trata del romanticismo y la pasión. Quizá, después de tu intuición y esta confesión, ya piensas en cerrar la revista y dejarla sin leer. "¡Bah! Un coñazo empalagoso y romántico". O quizá seas de los/as melosones a los que les gusta el pastelón y piensas "¡Oh, qué bonito! Una revista de historias de amor". Pues, ciertamente, también se trata de ese tipo de romanticismo. Es cierto que en este número se va a hablar de amores románticos, algo que, por otra parte, no ha faltado en ejemplares anteriores de la revista, pero también de otros temas igualmente románticos que nada tienen que ver con el amor.

Quizá nos mueve a dedicar un número a este tema el hecho de que aún nos consideramos, pese al paso del tiempo y la modificación de nuestras mentes, unos románticos impenitentes. Nos apetecía hablar de romanticismo, pero no sólo por nosotros mismos. También por un cierto afán educativo. Por ese mismo sentimiento de incomprensión cuando alguien confunde nuestra confesión de romanticismo con sinónimo de gusto por las telenovelas, los pastelones y las cursiladas amorosas. Bueno, es cierto que uno puede ser romántico, cursi y enamoradizo a la vez, pero tales no son requisitos típicos ni específicos del romántico.

El romanticismo nació a caballo de los siglos XVIII y XIX, como una reacción contra el corsé del racionalismo neoclásico. Al Siglo de las Luces y sus cuadrículas artísticas y mentales se le contraponen la pasión, un vitalismo irracional y la oscuridad de lo misterioso. Los románticos son apasionados y curiosos. Desean manifestar su propia individualidad, se entregan a causas personales, sean amorosas, bélicas o libertarias. Los románticos son vehementes y, a veces, irracionales. Pero se sienten vivos. Y seguirán sintiéndose

vivos cuando muera el vitalismo en la ciencia (no existe un fluido vital distinto de la materia inerte) o cuando los burgueses ahoguen los vientos de libertad. Los románticos aprecian la belleza. La encuentran incluso en lo oscuro. Les fascinan lo extraño y lo diferente. Y son capaces de arriesgar su vida por un sueño. ¡Hasta ese punto llevan su apasionamiento!

¿Qué queda hoy de los románticos? Es triste hacer la siguiente confesión, pero da la impresión de que sólo recordamos de los románticos la idea del amor vehemente (que no cursi) que ellos descubrieron y, por desgracia, ese nacionalismo que ellos inventaron como afirmación de personalidad de los pueblos que ahora se ha convertido en defensa a ultranza de los propios intereses y enfrentamiento a lo distinto.

Por eso queremos buscar a Werther, el arquetipo del personaje romántico, para ver qué ha sido de él (que llegó a colaborar en nuestros primeros números) al cabo del tiempo.

Con lo dicho, esperamos que el tema propuesto empiece a parecer un poco más interesante a nuestros lectores. Las pasiones, el terror, el vitalismo, el nacionalismo, la individualidad, el deseo, lo irracional, la fascinación por el peligro y la muerte. Todos estos temas, y algunos otros, entran en el ámbito de lo romántico. ¿No crees que merece la pena seguir leyendo estas páginas? Quizá no te muevan al apasionamiento pero sí, cuando menos, confiamos en que te lleven a la reflexión.

(1.AMOR IDEAL)

SI HOY SE ACABARA EL MUNDO

Imagínate que se acaba el mundo
y que yo no te he dicho que te quiero.
Debes comprender bien que yo no espero
que esta confesión sirva ya de mucho.
Pero imagínate,
que, como todo y todos, yo me muero
y, por cualquier razón, fallezco mudo
sin decirte jamás que lo que busco

es que tú participes de mis sueños.
Confesar una vez que te deseo,
arrojarme, sin miedo, contra el muro
que, sin duda, opondrás al verme tuyo
y quizá lo construyas de desprecio.
Pero, ya ves,
yo imagino otra cosa, y hasta creo
que si muestro mi amor, que es tan profundo,
por fuerza surgirá luz de lo oscuro
y en mi torpe pasión me verás bello.
Mas, si nunca te digo que te quiero,
y aún porfío en mantener mi orgullo,
callando que este amor es todo tuyo,
al terminar el mundo yo, tan necio,
sentiré el corazón hecho fragmentos
de hielo, sangre y pena, porque
junto a ti, puede salvar el universo entero
con un solo beso tuyo.

Gigi el Amoroso

LA VIE EN MARRON

Es fácil ponerse romántico y apasionado cuando se tiene la barriga llena. Pero cuando no, lo importante son las lentejas de cada día que te hacen pegarte a la realidad como si fueras una lapa.

Hay personas afortunadas. Y mundos afortunados. Hay gente que nace con una flor en el culo. Gente que parece que hasta tiene los pedos bonitos, que se los tira de colores y hasta huelen bien. Otros no tenemos esa suerte. Nuestros pedos huelen mal y, si tienen algún color, es el marrón zurrasposo, si es que en el momento de aflojar el esfínter teníamos algo en la tripa. Porque otras veces ni eso, sino que son pedos amariconados, de esos sin fuerza ni contenido, pedos de hambriento que sólo ha llenado la panza de aire, a falta de otra cosa, y no tiene fuerza ni para echar los gases. Porque, señores, para muchos cagar es un alivio, pero para nosotros vaciar la tripa es más bien una pérdida.

Muchos, en el mundo de los ricos, ven la vida de color de rosa. O se empeñan en verla oscura y terrible, planteándose asuntos trascendentales acerca de una vida ultraterrena o el destino de nuestra existencia. Son éstos asuntos que a nosotros los miserables nos la traen floja. Tenemos muy claro que cualquier cosa al margen de esta existencia, aunque sea la propia muerte sin paso a otra vida, será un alivio y que el fin último de nuestra vida es poder encontrar con cierta regularidad la pitanza suficiente para subsistir.

Estoy seguro de que os creéis superiores a mí. Cultos, refinados, espirituales. ¡Menuda superioridad! Con la tripa llena y ropa en vez de harapos yo también soy un señor. Y el caso es que vosotros cagáis y meáis como yo –un poco más abundantemente, quizá-, que la vais a palmar y se os van a comer los gusanos –o vuestras cenizas, asépticamente carbonizadas, serán esparcidas por el aire-, que sois tan miserables como yo y, después de todo eso, no valoráis lo único importante de vuestras vidas, aquello de lo que yo carezco: presente y futuro, comida y agua pura, paz y tranquilidad, tiempo para pensar en tonterías como el amor platónico, las leyes que rigen el universo, las vacaciones o el sentido oculto de la vida.

Si pudiera, si hubiera contenido en mis tripas y fuerza en mis músculos, me cagaría en vosotros y vuestra hipócrita existencia trascendente y concienciada.

Un mierda entre un billón

LUM, EL INICIADO

Aún había retazos de nieve en la cima el monte. Pudo sentirlo por el aliento de la matinal brisa, leve y fresca, que descendía por los collados hacia el valle. Pudo observarlo cuando alzó su mirada hacia la cumbre, recortada bajo el límpido y zarco cielo. Desde el lejano monasterio, la montaña, aquella diosa de duras entrañas, ejercía sobre ellos un inevitable influjo cuando finalizaban todos los inviernos. Una vez al año, en el mismo día, uno de los iniciados era elegido para repetir aquella solitaria y consabida ceremonia. La jornada propicia para tan señalado rito no podía ser otra que la del equinoccio de primavera. Era una sacra peregrinación hacia la altura, su único y auténtico santuario.

Lum vestía la ligera túnica color turquesa, habitual entre los adeptos de la Orden, orlada en mangas y cuello de un fino cordoncillo carmesí. Simples sandalias de cuero calzaban sus pies y un enhiesto cayado de fresno asía su diestra. Tal vez aquel año fuera más afortunado que otros y lograra el grado sumo. Tal vez aquel año trocara aquella por la túnica blanca, festoneada por ribetes dorados, de los Superiores de la Montaña. No por soberbia, vanidad u orgullo, sino como un medio de alcanzar mayor perfección espiritual. Sabía de la fugacidad de la existencia y de su fragilidad y que él, como cualquier ser humano, era algo insignificante en la inmensidad del cosmos.

Sin prisas inició su dificultoso acceso, entre viejos granitos salpicados de musgo, la oscura verdura de las encinas y las aceradas hojas de las nebredas. La tierra dormida ya había despertado tras la invernada. Brotaban por doquier las diminutas hierbas, glaucos renuevos despuntaban en los zarzales y todos los almendros lucían sus blancos y rosáceos ornatos. Caminaba en silencio. Su acompasada marcha parecía marcar el ritmo de una melodía sólo audible para su mente. Una suave aura de agrestes aromas a cantueso y tomillo acompañaba sus pasos y envolvía todo su ser. Se sentía gratamente poseído de una inexplicable y poderosa fuerza interior. Quizás provenía de aquel deiforme monte al que se dirigía. Quizás emanaba de aquella forma piramidal que nunca desvelaba sus arcanos. Quizás fuera esa estructura faraónica lo que le subyugaba.

Y allí estaba, cotidiana, la inmune mole, aparentemente inmutable, esperando indiferente su llegada. Él, como cada año otros, ansiaba alcanzar su cumbre y, desde ella, admirar arrobado todos los verdes y grises posibles de su entorno. Él, como cada año otros, anhelaba coronarla y, desde allí, transfigurarse bajo la etérea luz solar sobre su vértice. Él, como cada año otros, deseaba preguntarse qué mágico poder había generado su hermosa piel rugosa, qué augusta mano ignota la había modelado y erigido en la dueña absoluta de la altura. Esperaba fundir su humano corazón con el pétreo palpitar de la montaña y hacerse partícipe de cuantos misterios su seno encerraba.

El Sol se elevaba hacia su cénit y minúsculas gotas de sudor perlaban ya su frente, como una espléndida diadema otorgada por ambas deidades. Pero, con la ascensión, no flaqueaban sus piernas, ni su respiración se había tornado más dificultosa, ni el cansancio adormeció en modo alguno sus sentidos. Por el contrario, se sentía más vigoroso y lúcido.

Cercano el final de su andadura, Lum recordó y repitió mentalmente las sabias palabras sobre el caminante y el camino:

Se pierde el caminante, no el camino,
si se deja la senda sin sentido.
Así se dijo y fue escrito en el libro.
Algunos abandonan, desatino,
el paso tortuoso y escondido,
el estrecho sendero que es más pino,
porque el sudor comparte por amigo.
Se pierde el caminante, no el camino,
si se busca la senda del vacío.
Así se dijo y fue escrito de antiguo.
Adrede eligen otros, desvarío,
la más cómoda vía del hastío
de la fácil molicie, de lo tibio
porque son al esfuerzo preferidos.
Será el remordimiento su castigo
y estarán pesarosos de sí mismos.
Sumidos siempre en insondable abismo
hallarán la desidia por destino.
Se pierde el caminante, no el camino,
si la senda es de rosas sin espinos.
Así se dijo y, por piedad, fue escrito.

Aquellos versículos pertenecían al libro de los oráculos de la Orden, un compendio de proféticas enseñanzas. Su extenso contenido debían aprenderlo y recitarlo, fielmente y sin error alguno, todos los neófitos antes de ser admitidos en la comunidad. Estas y otras muchas ancestrales sentencias de los antepasados perfectos habían

sido recogidas y escritas, guardadas y observadas desde tiempo inmemorial por todos los iniciados y así seguiría siendo por siempre.

Al fin sus pies hollaron la cúspide y allá, en lo más alto, como le había sido revelado, Lum contempló una ovoide piedra berroqueña. Era el ara ritual. Se hallaba circundada por otras de menor tamaño que formaban un amplio círculo. Decidido penetró en él y allí extrajo del interior de su hábito una bolsita de cuero que colgaba de su cuello. Esparció su contenido, unas amarillentas briznas de madera de sándalo, sobre una irregular oquedad que con paciente afán el agua había horadado en la roca. Dirigió una breve pero fervorosa invocación al supremo astro, a la vez que concentraba en aquella concavidad un haz de rayos solares con un convexo cristal ardiente. Pronto surgió el fuego y percibió aquel sahumerio y penetrante olor. Entonces el viento hizo agitar la tenue llama en todas direcciones y, mientras se consumía la ofrenda, oyó su inanimada voz. Aquel silbante ulular entre las milenarias piedras le decía: ¡Nada ni nadie podrá poner jamás puertas al tiempo!

Martín's

LA RISA

Tengo unas burbujas en la garganta,
tengo unas burbujas que me atragantan.
Un cosquilleo feliz,
un pequeño desliz,
quizá un ligero frunce de nariz.
Se mueve el cuerpo,
¡un terremoto!
No… es la risa que se va apagando poco a poco.
Siguen las burbujas en mi garganta
aunque lo intento no puedo atraparlas.
Sonrisa pícara,
faz iluminada,
chispa de humor y amor en la mirada.
Se va con prisa.
¡Gracias, optimistas!
Vosotros hacéis que esta sonrisa exista.

También hay burbujas en tu garganta,
no las atrapes y deja que salgan.
Húmedos los ojos,
feliz la mirada,
esto forma parte de una vida sana.
Risa generosa,
risa sencilla,
así creo yo que debe ser la risa.

Inma Rodrigo

LA CARTA

Hoy por primera vez en mucho tiempo he dormido bien. No sé por qué la gente dice que las literas de los trenes en segunda clase son irresistiblemente incómodas. Es posible que haya sido el traqueteo de las ruedas sobre los fríos raíles de la vía… No me importan las razones; sólo sé que he conseguido dormir sin somníferos y que esta noche he ahogado mis angustias nocturnas sin sentir esa ansiosa sequedad en la boca que me suele producir el whisky.

También hoy, por primera vez en mucho tiempo, me he alegrado de que el sol caliente mis párpados al filtrarse por la ventana. A pesar de que me desplazo a gran velocidad este sol me persigue y no se cansa de advertirme que me está dando una segunda oportunidad. Sé que debo aprovecharla. Y lo haré.

Él ya habrá llegado a casa. A la misma hora de todos los días; como siempre metódico y puntual.

¿Habrá leído mi carta? La dejé sobre su querido escritorio de nogal noruego; ese escritorio en el que jamás se paró a escribir una palabra para mí.

Cierro los ojos e imagino su cara de estupor y escepticismo al leer mis palabras. Estoy segura de que no puede imaginar que me encuentro a casi mil kilómetros de casa, rodando a doscientos kilómetros por hora en un tren que no sé dónde ni cuándo parará… y tampoco imagina que esta vez no volveré. Es curioso: no recuerdo si recogí mi pamela azul y mis pendientes de ámbar y, sin embargo,

podría reproducir cada una de las palabras que hay en esa carta. Palabras dirigidas a él. Como todo hasta ahora… dirigido a él.

Mi querido Luis:

Acabo de entrar en casa. He colgado el abrigo y he ido derecha al frigorífico.

Allí, suspendida con una mariposa imantada sobre el blanco níveo del "frigo" he visto tu nota, misiva, ensayo de carta sin firma, tu maldita lista de órdenes del día sin comas ni acentos. Sin tan siquiera guiones que me faciliten la lectura. La he leído con la misma atención de siempre: "after shave lotion, hora con el dentista, anular la cita con Rosa, retirar la cazadora de la tintoreria, comprar el periodico, escuchar los mensajes del contestador y mandar un taxi a las doce a recogerte al aeropuerto". También como siempre he tratado de estructurar en mi cabeza lo más rápido posible el orden que seguiré para hacer todas y cada una de esas cosas que, como buena secretaria, debo cumplir. Pero no sé por qué hoy me siento distinta, muy distinta.

¿Estás preparado? Bien. ¡Ahí va! Hoy no haré nada de nada. Por primera vez no moveré ni uno sólo de mis diez dedos en reemplazo tuyo. No haré nada, absolutamente nada de todo aquello simple y cotidiano que puedes hacer por ti mismo. Tampoco haré nada en lugar tuyo por las cosas trascendentes o definitivas, y no creas que lo siento. Hoy hemos llegado al final del largo juego de: "yo pienso y tú actúas, yo necesito y tú provees".

Nunca creí en la poética frase bíblica que nos recuerda que los lirios del campo "ni hilan ni tejen", pero lucen de maravilla. Ahora sé que hasta hoy tú has sido uno de esos lirios blancos que adornan los jardines con su inmutable perfección. Siempre tan impasible, impávido, impertérrito. Te sorprenderá pero hoy dejo de ser la jardinera que se encarga de que nadie "maltrate" tan bella y apreciada flor. Porque hoy soy yo la que se siente discretamente bella, y eso me satisface tanto que esta mañana he vuelto a disfrutar de lo cotidiano, a disfrutar de sensaciones sencillas.

Te confieso con sinceridad que lo venía planeando desde hacía tiempo, pero, de tanto vivir a tu lado me había vuelto algo

negligente y perezosa, me movía a cámara lenta, como en ralentí cinematográfico. La verdad es que había paralizado tanto mi vida que hasta mis sueños últimamente me parecían incluso estúpidos y anodinos.

Tú me habías convencido de que soñar cosas tan "vulgares" como comer castañas en los árboles, subir a una montaña en la noche, observar la luna sobre el río, dormir en un monasterio abandonado, o hacer el amor sobre la nieve era propio de mentes… ¿cómo decías tú? ¡Oh, sí!: "romanticonas y peliculeras".

Es curioso. Hasta que te conocí estaba convencida de que realizar cada uno de estos pequeños sueños era lo que daba algo de color a la vida. Hasta quisiste convencerme de que "el color" sólo se consigue con una Visa en las manos. Estabas tan convencido de que tus trajes de Armani y mis vestidos de Chanel nos hacían felices a ambos que ni siquiera te paraste a pensar nunca que una frase por teléfono o una nota en la mesilla podían ser mi mejor regalo de cumpleaños. No, era más sencillo ir al cajero.

Te olvidaste de que quizá yo no quería perder este toque ingenuo e infantil que siempre dijiste me caracterizó, pero que resultaba peligroso porque podía ponerte en evidencia en tus aburridas reuniones sociales.

Te olvidaste de que me gustaba comprar mis zapatos en tiendas de niños y de que mis faldas de vuelo, esas que ensanchaban volátilmente mis caderas, me hacían sentir a gusto conmigo misma.

Te olvidaste de que nadar desnudos en piscinas ajenas, pasear en bici al amanecer, colocarse en las fiestas o salir sin coche ni dinero y con la incertidumbre de no saber cómo volver a casa era lo que yo llamaba darle emoción a la vida.

Te olvidaste de tantas cosas que casi me haces olvidar a mí que cuento todavía con lo que yo siempre consideré la mejor arma para luchar contra eso que tú llamabas "la podrida sociedad en la que vivimos". Sí, hoy haciendo algo tan vulgarmente sencillo como recoger las cartas del buzón, he comprobado que todavía me queda imaginación. Siempre pensé que era el mejor juguete con el que contaba. Nunca se estropeaba (aunque tú has estado a punto de

conseguirlo), no llevaba pilas, podía compartirlo con mis amigos y no ocupaba espacio ni lugar por lo que podía llevármelo allá donde fuera.

Por eso hoy, cuando he visto la mariposa de colorines sosteniendo tu lista, he comprendido que, sin saber exactamente cuando, había recuperado mi viejo concepto de la vida.

Yo siempre creí que vivir era un acto dinámico, evolución, ritmo, y que parar era, en cierto modo, morir un poco. Cuando me conociste era yo: imperfecta, inquieta, espontánea, un poco niña y con ganas de ver y hacer. Poco a poco tú me enseñaste lo importante que era ir despacio en la vida para conseguir cosas duraderas e imperturbables. Cosas, como tú decías, "para siempre" (sabes que nunca me gustó esa palabra: decirla supone comprometerse y comprometerse es obligarse). ¡Qué curioso! Tú, que fuiste mi gran freno en estos años, has sido también el que me enseñó algo tan importante como la constancia, la perseverancia, el luchar por las cosas cueste lo que cueste. Y aprendí la lección. Lo malo es que la aprendí tan al pie de la letra, aprendí a luchar por cosas "tan importantes", que dejé a un lado mis ideas, mis pequeñas ilusiones cotidianas, mi anhelo de cosas "simples". Tus sueños de grandeza se comieron mis sueños de adolescente.

Sé que pensarás que esta rebelión por mi parte, este acto absurdo de rebeldía, es el resultado de la conexión entre dos mentes parecidas. Sé que tu primera reacción será pensar en una tercera persona que despertó en mí lo que tú ya habías conseguido dormir. Es posible. Pero, aunque así sea, esta vez puedes estar seguro de que no caeré en el mismo error que contigo. Empecé siendo "la amiga de", pasé a ser "la novia de" y acabé siendo "la esposa de". Una evolución perfecta, ¿verdad?: "como debe ser".

¡Dios mío! ¡Cuánto nos hemos perdido! ¡Cuántas películas no vimos por no tener comprada la entrada de antemano y asegurado así el pase! ¡Cuántas montañas no subimos por no tener el calzado adecuado y dejarlo para otro rato! ¡Cuántos paseos en bici perdimos por no hacer el ridículo en mi vieja bicicleta roja! Y lo que más me duele… ¡Cuántas caricias dejamos ir por dormirnos vestidos para no pasar frío!

Creo, amor, que tú, sí tú, "la perfección personificada", también tienes algo que aprender de mí. Tenlo en cuenta, aunque sea lo único que yo sea capaz de aportarte: desconectarse de vez en cuando del mundo ayuda a valorarlo más. Hacer cosas sin premeditación, sin pensarlo ni programarlo, simplemente porque ahora, en este mismo momento nos apetece puede resultar maravilloso. Y recuerda eso que yo solía decirte: no necesitamos ir a París para ver la torre Eiffel. Tenemos otras torres mejores más cerca. Prueba, aunque sólo por una vez, a hacer una pequeña locura; no la planees, no analices los pros y contras, no busques una hora o un día, ni siquiera un lugar. Simplemente hazla. No, no adelantarás nada. No conseguirás nada. Al día siguiente seguirás siendo y teniendo exactamente lo mismo. Pero te sentirás distinto.

Yo ya no estaré para ver qué se te ocurre. Me voy; a partir de hoy quiero volver a ser yo misma. Espero.

Hoy, después de años ahogada en tu maravilloso proyecto, ensalzo otra vez mi viejo lema: prefiero vivir dos días que agonizar cien años. Perdóname, cariño, pero… elijo vivir. Buena suerte.

Pipiola

LOS DIOSES DE BESEEREVIA

En el país de Beseerevia se cuentan muchas leyendas e historias. Se hacen pasar por reales, aunque no todo el mundo las cree. Quizá tal afición nace de que en Beseerevia la vida real no es siempre tan hermosa como los relatos. Quizá se cuentan tantas historias porque a la gente de Beseerevia le gusta soñar. Quizá, y esto es lo más probable, existen muchas leyendas porque en Beseerevia es difícil separar lo que es real de lo que no. Quizá Beseerevia no es real y lo más real de ella sean sus leyendas. Nunca es fácil decidir si algo es real.

¿Son reales los dioses? Las gentes de Beseerevia, como muchas personas en nuestro mundo, suelen pensar que sí. Y que esos dioses se comportan, a veces, como seres humanos con su propio carácter difícil de entender. Y que esos dioses, a veces, se

inmiscuyen en los asuntos humanos. O tal vez sean los humanos los que se entremeten en los asuntos de los dioses.

Cuenta una leyenda de Beseerevia que existen dos amantes.

Era tan grande el amor entre Naúj y Cino que nada más existía para ellos. Trabajaban para subsistir. No es difícil trabajar aunque la mente esté puesta en otros asuntos. Se relacionaban con su familia y sus amigos. Comían, dormían. Pero, ante todo y por encima de las demás cosas, se amaban. Era tan grande el amor que se profesaban que llegaron a olvidarse por completo de los dioses a los que solicitaron que les concedieran la felicidad. Y, si es cierto que los dioses no intervinieron a favor de ninguno de los amantes, puesto que el amor brotó entre ellos de forma natural e inevitable, sin que sortilegio alguno hubiera sido capaz de modificar el sentido de sus sentimientos, no es menos cierto que algunos dioses se tomaron a mal aquel olvido. Por eso, los más crueles entre los dioses, Katúa y Palij, el dios del aceite hirviendo y la diosa del agua de los naufragios, que se odiaban profundamente, se pusieron de acuerdo para castigar a la feliz y olvidadiza pareja. Ningún dios se opuso a los designios de estos dos, puesto que todos se habían sentido ofendidos por los amantes. También es cierto que pocos entre ellos se atrevían a contrariar a sus malvados hermanos. Bien valía sacrificar a esos dos desagradecidos antes que fomentar una disputa divina.

La venganza de los dioses fue terrible y, según se dice, eterna. El joven Naúj y la bella Cino se habían dado palabra de amor, que es un vínculo aún más fuerte que el matrimonio, y vivían juntos como marido y mujer. Sólo se separaban cuando por la mañana, yendo al trabajo, habían de tomar caminos distintos en la bifurcación del sendero. Naúj marchaba hacia el campo donde pastaba el rebaño de su amo. Cino caminaba hasta el lavadero dispuesta a dejarse las manos en el duro empeño de limpiar la ropa del amo. Tan cruel amo que separaba durante todo el día a los amantes y a cambio del duro esfuerzo pagaba míseros jornales, era un ángel de bondad en comparación con los malvados dioses.

La venganza de Katúa y Palij fue terrible y desproporcionada. Su odio no tenía límites ni sus castigos mesura. Se cuenta que algún dios, secretamente, se apiadó de los enamorados, pero no era tan

fuerte su deseo de ayudarlos como intenso el de venganza de sus hermanos.

Una mañana, Naúj y Cino se separaron como cada día en la bifurcación del sendero. Se besaron con la pasión habitual, sin saber que aquel sería el último beso de su vida feliz. Quizá si lo hubieran sabido nunca hubieran concluido aquel beso. Quizá nunca se habrían separado de forma voluntaria. Pero, pensando que era sólo un día más, se marchó cada cual a su trabajo, convencidos los dos de que, por la noche, la tristeza de la separación se vería compensada por la inmensa alegría del reencuentro. Ambos se engañaban. Se separaron como siempre y con ello facilitaron la misión de los crueles dioses.

Naúj no llegó junto al rebaño. Al sobrepasar un altozano, la silueta de Cino se perdió de su vista. Naúj dejó de mirar hacia atrás. En su retina todavía se agitaba la última imagen de Cino caminando hacia el lavadero. Entonces, al fijar la vista en el camino, Naúj vio ante sí una figura espléndida y terrible. Un gigante anaranjado, de grandes melenas de fuego, se le presentó envuelto en llamas. Era Katúa, envuelto en su infierno particular. Aunque el enamorado no lo sabía.

-¡Mortal! –le gritó con voz poderosa- Has ofendido a los dioses y debes pagar tu atrevimiento. ¿Acaso no alberga tu corazón amor suficiente para mostrarte agradecido a tus creadores?

Naúj no contestó. Desde la mente de aquel gigante de fuego se proyectó en la del joven la imagen de su supuesto pecado. Se le representaron Cino, su común amor y la envidia y el odio de los dioses. Quizá el dios esperaba su arrepentimiento que, seguramente, no habría atraído su clemencia. Pero Naúj sólo sintió una enorme ternura y el dios leyó el único pensamiento de su mente: "no le hagáis daño a mi Cino".

-No, ella no va a morir. Ni tú tampoco. El castigo será más doloroso que ese.

Y entonces Naúj se vio envuelto por las doradas llamas del dios, sintió que el mundo daba vueltas y perdió el sentido.

Cino sí llegó al lavadero. Dejó el cesto de la ropa a su lado y se dispuso a extender una sábana sobre las piedras bañadas por las claras aguas del arroyo. Entonces el agua hizo un ruido extraño, que

pareció una mezcla de croar de ranas y risotada. Del arroyo se elevó una figura imponente, transparente y nítida a la vez, como si estuviera tallada en un cristal refringente que se teñía con tonos magenta al ser atravesada por la luz matutina. Se trataba de la diosa Palij. Cino no lo sabía. La diosa dio un salto sobre la joven y la tiró contra el suelo, bañándola con sus aguas pegajosas. Cino empezó a toser, presa de las agonías de la asfixia, pero la diosa se levantó y la dejó respirar.

-No, no te voy a matar, Cino maldita. Tu pecado es demasiado grande para tan poco castigo.

Por la mente de la enamorada cruzaron los pensamientos de la diosa. Conoció así su pecado y la ira de los dioses. No dijo nada, pero la diosa pudo leer su único pensamiento: "castigadme a mí, pero no hagáis daño a mi dulce Naúj".

La diosa, indignada, se agitó salpicando con sus mortíferas aguas los pies de la joven, que empezó a temblar de pánico.

-No lograrás enternecernos. Ambos sufriréis el castigo que habéis merecido.

Entonces las aguas mortales de la diosa envolvieron a Cino, pero la joven no se ahogó. El mundo comenzó a dar vueltas. La joven perdió el conocimiento.

Cuando Cino despertó se sentía confusa. No sabía quién era ni dónde estaba. Sí que sintió vergüenza de su desnudez. Sintió frío y, sin saber muy bien el porqué, se echó a llorar. A lo lejos divisó humo. Debía tratarse de una aldea. Asustada y perdida, la joven echó a caminar en aquella dirección. Por el camino encontró unas grandes hojas con las que trató de taparse. La joven sabía hacer muchas cosas, pero no sabía lo principal. Sabía que algo faltaba dentro de su cabeza y ese algo eran los recuerdos de toda una vida.

Naúj se despertó en un lugar desconocido. Su primer y único pensamiento fue para Cino. Su amada estaba en peligro. La cabeza le daba vueltas. Recordaba la amenaza del dios. Pero se encontraba perdido y confuso. Debía serenarse. ¿Qué había sucedido? Una voz dentro de su cabeza pareció responder a la pregunta: "Cino ha desaparecido y te ha olvidado. Y tú estás en el otro extremo del mundo. Tan lejos de ella que nunca la podrás encontrar". Lágrimas de

desesperación corrieron por las mejillas del joven. Naúj echó a correr sin saber dónde iba ni dónde se encontraba. Como loco, agitaba la cabeza en un repetitivo gesto de negación. Aquello no podía ser cierto. Cino no podía desaparecer sin más de su vida. Tal separación era más cruel que la muerte. Los dioses habían cumplido su amenaza.

En cierto modo, Cino fue más afortunada. Ella, que nada recordaba de su vida pasada, llegó a una granja. Los dos ancianos que allí moraban se apiadaron de ella. Les enterneció su tristeza para la que ni ella misma tenía explicación. La acogieron entre ellos y la pusieron a trabajar en la casa. A Cino la devoraba una melancolía indescriptible. No sabía explicar por qué, pero sentía que le faltaba algo y que sin ello no podía vivir. Los ancianos, buenos como poca gente hay en el mundo, la tomaron por su hija y la llamaron igual que aquella otra que perdieron muchos años atrás: Olid.

Naúj se sobrepuso a su desesperación. Le bastaba con saber que Cino seguía con vida. Eso daba un objetivo a su propia existencia. Debía encontrar a Cino y recuperar la felicidad perdida. Su amor triunfaría sobre todas las desgracias, venciendo incluso la cólera de los dioses. Naúj se enteró de que se encontraba en el confín del mundo. Debía ir hasta el extremo contrario. Recorrer todo el mundo conocido hasta encontrar a su amada Cino.

Era sorprendente que para la joven Cino no pasaran los años. Ulmed, el hijo de los ancianos, se quedó prendado de la belleza de la joven, también de su insondable tristeza. La joven lo rechazó. Los ancianos no la obligaron a nada, aunque sentían lástima de su inexplicable melancolía. Los años transcurrieron y Ulmed se marchó a la ciudad para no volver. Murió el anciano, murió su mujer. Cino, la que ahora se llamaba Olid, quedó a cargo de aquella granja. Pese a su eterno desánimo fue capaz de sacarla adelante. Unos días comía, otros no. Unos días trabajaba y otros se los pasaba suspirando. Pero ni envejecía ni su rostro se demacraba por la tristeza o su cuerpo enflaquecía por el ayuno. Más que de persona viva, su existencia se parecía a la de los espíritus que no encuentran acomodo en este mundo ni en cualquier otro y vagan por doquier en busca de una paz imposible. Sentía que había un vacío en su cabeza, pero, sobre todo, le

dolía el tremendo e inexplicable vacío de su corazón que la hacía llorar sin consuelo ni motivo aparente.

Naúj recorrió todos los pueblos y ciudades. Atravesó campos, ríos y montañas. En sus ojos brillaba la determinación, en su pecho ardía una pasión imposible de consumir que lo obligaba a proseguir su camino sin mirar atrás. Al final de su recorrido lo esperaba Cino. Sólo la muerte, suya, de ella, de ambos, podría evitar que cumpliera su destino. Naúj trabajaba por alimento, pedía, suplicaba información sobre su amada. Casi no comía. Casi no paraba. Pero sus ojos seguían brillando como ascuas ardientes, incapaces de atisbar otra cosa que la silueta perdida de la dulce Cino. Sorprendentemente, Naúj no envejecía. No aparecían canas en su cabello, ni sus fuerzas menguaban ante el excesivo esfuerzo y la falta de alimento. Caminaba y caminaba sin cesar. Sólo se detenía para conseguir información y buscar un sustento del que sólo de tarde en tarde se acordaba. Únicamente los andrajos que cubrían su cuerpo y la desesperada expresión de su rostro mostraban a las claras su sufrimiento y las penalidades que atravesaba.

Un día Cino –Olid- vio que a lo lejos se dibujaba la silueta de un hombre. Sintió miedo. Ella estaba sola y era débil. Más débil aún por cuanto que no sentía grandes deseos de vivir. Temió que el extraño que se acercaba a la granja fuera un malhechor, alguien dispuesto a hacerla daño. Luego, con la tranquilidad que da la resignación, decidió que ojalá fuera así. Llevaba allí viviendo años y más años, acompañada tan sólo por el desesperado anhelo de recobrar la memoria perdida y, ante todo, sanar de algún modo su dolorido corazón vacío, aquél que la hacía penar sin saber el porqué. Pero el extraño sería tan sólo un viajero, un paseante, un mendigo. Alguien que pasaría de largo sin saber cuánto deseaba aquella joven vieja la paz de una muerte que no se sentía capaz de buscar por sí misma.

El extraño era Naúj. Su corazón palpitaba acelerado como ya le había sucedido en otras ocasiones. Tras años de búsqueda infructuosa sabía que la irracional esperanza le hacía ver a Cino donde no estaba. Una silueta lejana, el gesto de una desconocida en la penumbra, le hacían recordar a Cino y pensar que la había encontrado. Sólo para comprobar que se había confundido y que la breve

esperanza se convertía en el más cruel de los dolores, tan intenso que parecía capaz de romperle de una vez el corazón lo cual, quizá, habría sido incluso deseable. En esta ocasión se acercaba a una granja. Naúj sabía que había llegado al confín de aquel extenso continente. Y no había encontrado a Cino. Quizá ella había muerto, pero Naúj se negaba a aceptarlo. Antes volvería sobre sus pasos y buscaría una y mil veces a Cino en todas las tierras que ya había rastreado palmo a palmo. Quizá ella había viajado a otro lugar y se habían cruzado. O quizá era realmente Cino aquella joven que se asomó a la puerta de aquella casa. Se movía como ella. Su silueta le devolvía la última imagen de Cino cuando aquel fatídico día se despidieron y ella caminaba hacia el lavadero. Naúj aceleró el paso, con el corazón alterado, inconscientemente convencido por la intuición de que su amada se hallaba muy cerca, pero racionalmente seguro de que al final de la carrera lo esperaba el desengaño.

Cino –Olid- vio acercarse al viajero. Vestía como un mendigo, como el más miserable de los pordioseros. Era joven y apuesto, fuerte y ágil. Conforme se acercaba, había empezado a correr hacia ella. Cino debió haber sentido pánico pero, por alguna razón, se resignó a su suerte. Quizá, después de todo, aquel miserable acabaría con sus penas. Cino pudo ver el rostro de Naúj, pero no lo reconoció, tan olvidado estaba para ella. Aquel joven tenía la expresión de un lunático. En su rostro brillaban unos ojos temibles, cargados de obsesiva desesperación. Sin saber por qué, Cino empezó a llorar. ¿Acaso temía por su vida?

Naúj no podía creer lo que veía: la que esperaba plantada frente a aquella casa, mirándolo con fijeza, era su querida Cino, aquella a la que nunca había podido olvidar. El joven aceleró el ritmo de su carrera. No podía dejar de mirarla. Lágrimas de inmensa alegría acudieron a sus ojos. Cino también lloraba, pero no se movía de su sitio. No avanzaba a su encuentro. Parecía asustada.

-¡Cino, mi amor! –exclamó el joven cuando se encontró a unos pasos de su amada.

Ella lo observaba perpleja. Temblaba como una hoja cuando Naúj la abrazó. El joven siguió mirándola, incapaz de apartar sus ojos de tan bello y añorado rostro. Cino se mantenía exactamente como la

recordaba. Una voz agorera resonó entonces en sus oídos: "Cino te ha olvidado".

-¡Qué te han hecho, qué te han hecho! –gritó el joven sin poder contener el llanto.

Cino lo miraba sin comprender. Quizá todavía esperaba la muerte. Tan cruel es el olvido que el reencuentro no había restañado la inexplicable herida de su corazón ni le había curado la melancolía de una pérdida que acababa de ser remediada, aunque ella no lo comprendía.

Naúj, incapaz de contenerse, se dejó llevar por la emoción. Sin dejar de llorar, acarició el bello rostro de la joven, secó sus lágrimas con el dorso de la mano, aunque él no podía contener su propio llanto. La besó en las mejillas, la besó en la frente, sin dejar de repetir, como si no pudiera decir y pensar en otra cosa: "¡qué te han hecho!". Cino, confusa, no emitió una sola palabra. Seguía temblando, aunque intuía que aquel extraño debía de ser una parte de su pasado perdido. Ahora, sin embargo, el desconocido no le inspiraba ninguna emoción.

Finalmente, los labios de Naúj se posaron sobre los de Cino y un beso cálido, apasionado, portador de un amor contenido durante años de búsqueda desesperada, fue capaz de romper momentáneamente el maleficio. Cino, que al principio trató de rechazar al extraño, recuperó instantáneamente la memoria perdida. Sus lágrimas adquirieron un doloroso sentido y sus brazos, inertes hasta entonces, abrazaron a su amado. Sus rostros, después del largo beso, se separaron lo suficiente como para mirarse. El reconocimiento y la felicidad brillaban en los ojos de ambos.

-¡Naúj!/¡Cino! –dijeron al unísono, y los nombres sonaron indistintos.

Entonces una nube de fuego y agua los envolvió y los hizo girar sobre sí mismos. Trataron de oponerse. Intentaron sujetarse. Pero una fuerza mayor que la suya tiró de ellos y los separó. La nube de fuego arrastró a Naúj. La de agua se llevó a Cino. Terribles risotadas resonaron en sus oídos y entonces, en la vorágine de un torbellino, se hizo el silencio. Ambos amantes se observaron por

última vez. En sus ojos brilló brevemente el pánico y ambos, en un instante, perdieron el sentido.

Naúj despertó en una granja. No sabía quién era. No comprendía dónde estaba. Pero un fuego interior lo devoraba. Era como si le hubieran arrancado el corazón y en su cerebro, vacío de pensamientos, una incontenible tristeza repiqueteaba haciéndole llorar sin motivo.

En el otro extremo del mundo despertó la joven Cino. Con los ojos arrasados de lágrimas añoró a su amadísimo Naúj. ¿Qué había sucedido? Una voz terrible y gorjeante resonó en su cerebro: "Naúj te ha olvidado. Está en el otro extremo del mundo. Tan lejos de ti que nunca podréis reuniros de nuevo". Era la maldición de los dioses, en boca de la cruel Palij. Cino lloró durante horas. Pero, finalmente, se sobrepuso al dolor. Recordó su olvido, su soledad en la granja, la desesperada búsqueda de Naúj y su breve encuentro. Ella también debía buscar a Naúj. Ese sería el objetivo de su vida. Aunque fuera un objetivo sin esperanza. Dicho y hecho: Cino empezó a caminar con un brillo de determinación en la mirada que no desapareció hasta encontrar su destino.

Desde entonces ha transcurrido una eternidad. Se dice que Cino y Naúj se han reunido cientos de veces y que, durante un instante, han recobrado la felicidad para luego caer nuevamente en la más cruel de las desesperaciones. Pero siempre, aquel que conservaba la memoria ha recorrido el mundo en busca del ser amado. Nunca han pedido perdón a los dioses puesto que, según ellos lo ven –tan ciego y absorbente es su amor-, no hay ningún pecado del que arrepentirse. Los crueles dioses no han dado muestras de misericordia. Un castigo divino sólo es verdadero castigo si es eterno.

Es por eso por lo que en Beseerevia, donde las leyendas se mezclan con la realidad, todavía se mantiene la costumbre de que, en cada boda que se celebra, los enamorados elevan una breve plegaria por el perdón de Naúj y Cino, los eternos amantes, aunque no demasiado vehemente, no vaya a ser que los dioses, en vez de apiadarse de la triste pareja a la que castigaron, dejen caer su ira sobre los felices jóvenes que ahora celebran sus esponsales.

Juan Luis Monedero Rodrigo

VARIAS CARAS DE UNA MONEDA

¡¡Qué embolado, qué situación, tener que hablar de la pasión!! Si ya es difícil hablar de algunos temas cuánto más si se trata de "asuntos" emocionales, sentimentales o del corazón, porque siempre que se habla de algo importante suele presentar al menos dos caras, y… la pasión es uno de esos temas importantes.

Lo primero que se te viene a la cabeza cuando oyes esa palabra, como casi siempre, ya que somos egocéntricos por naturaleza, es ¿soy yo una persona apasionada?, y penosamente compruebas que no sabes la respuesta, porque empiezas a analizar en tu vida sentimental y descubres que en ciertos momentos la pasión fue dueña de ti y en otros lo único que había era vacío y silencio, y buscas una explicación; pero no la hay, y tienes la amarga sensación de que tú no eres dueño de tus sentimientos sino que ellos tienen su propia vida, y lo único que puedes hacer es reconocerlos y admitirlos. Con lo que descubres que la pasión además de ser maravillosa puede ser mortal, igual que te quemas si te acercas demasiado al fuego que necesitas para no congelarte.

Y así, tu vida es una curva de altos y bajos en los que recuerdas con una claridad pasmosa los momentos que la marcaron, y parecen difuminados los momentos en los que no hubo nada; y en ese camino angosto y estrecho vas aprendiendo que el GRAN ERROR está en pasarse la vida esperando: esperando situaciones, esperando personas, "esperando a… Godot" y que la vida sería muy triste si únicamente consideramos la pasión como actitud ante las relaciones de pareja, que según "comprobaciones científicas" dura a lo sumo cuatro años.

La pasión es sentimiento, positivo o negativo, es sentido y por tanto significado. Cada acto, sea insignificante o no, tiene un motivo, un sentido, encontrar la belleza en cada cosa, vivir el momento; aprendiendo del pasado y esperando lo mejor del futuro; eso es para mí La Pasión.

Mónica González Llorente

(2.AMOR TRABAJOSO)

ARTESANO

Me pides que te escriba frases bellas
y, a veces, sólo encuentro tonterías.
Las últimas confieso que son mías;
las otras se las copio a algún poeta.
Ocurre mientras busco en mi cabeza,
tratando de arriesgar un pensamiento,
que el amor se me escapa entre los dedos
antes de hallar una rima correcta.
Confío en que no parezcan torpezas
las frases que pergeño en pobres versos
que ocultan en palabras sentimientos
y confunden amores y belleza.
Por eso aún persisto en mi porfía
que busca doblegar a tu cerebro
con armas que ahora son del intelecto
pero eran sólo amor el primer día.

Gigi el Amoroso

(SIN) RAZONES PARA UNA VIDA

"Desde que te perdí, mi vida carece de sentido". ¡Cuántas veces hemos oído esta frase o una similar en una hermosa película de amor llegado el glorioso instante del reencuentro! La frase puede presentarse en distintas formas y situarse en diversos contextos: "Desde que te perdí/ desde que te fuiste/tras aquel instante mi vida es inútil". Pueden ser el desamor, un desengaño, la pérdida de un sueño los que motiven nuestra tristeza y el derrotismo. Son frases de folletín que sólo en raras ocasiones se escuchan en la realidad, aunque son muchas las personas que las sienten como verdaderas. Siempre late en el fondo de ellas la melancolía que tan hermosa se ve desde lejos y, a veces, siendo propia, se saborea con placer agridulce.

Parece que todos necesitamos un objetivo en nuestra vida. O varios objetivos. Nos gusta pensar que la vida no obedece a un impulso ciego sino que posee un sentido intrínseco, quizá oculto y hermoso. Pretendemos hallar un fin último a nuestra existencia y no

cesamos de buscar una razón de ser o, cuando menos, un motivo para seguir vivos y huir de la náusea que causa el vacío último del existencialista. Sin ser muy conscientes de ello, buscamos la pasión. Que puede ser de muchos tipos: amorosa, por el dinero, el poder, la fama, la filantropía, el fatuo hedonismo, la gloria militar, la paz familiar, los hijos, el conocimiento. El motivo, desde un punto de vista formal, poco importa. Tampoco importa que nos olvidemos de la razón o recurramos a lo mágico e improbable. Lo que cuenta es que esa pasión proporciona un sentido a nuestra vida, una razón de ser. Con esa razón o razones uno es capaz de seguir adelante, con optimismo y tozudez, sin plegarse a la derrota, seguro de que cumplir ese destino será fuente de felicidad que haga plena nuestra existencia, nuestro efímero paso por el mundo.

Otras veces, no se encuentra el objetivo. A veces, ni tan siquiera se busca. Incluso en otras ocasiones se busca permanentemente sin hallarlo. O la fortuna nos lo niega, o nos lo arrebata después de habérnoslo ofrecido. En el primer caso, parecemos abocados a la náusea. En el segundo a la indolencia del despreocupado, la verdadera felicidad del que nada busca ni nada necesita, tan placentera como indeseable. En el caso de la búsqueda eterna e infructuosa podemos aferrarnos a la esperanza o confesar nuestra derrota. La esperanza nos permitirá proseguir camino adelante con esos sueños que, por el momento, son un objetivo suficiente. Si admitimos la derrota, caso más frecuente cuando el sueño ha sido alcanzado y perdido, es fácil que caigamos en un tipo de melancolía muy semejante al descrito al comienzo. Y, por extraño que parezca, esa tristeza es capaz de proporcionar consuelo y salvarnos de la náusea. A veces nos enamoramos de la propia derrota, como si ella misma fuera un aceptable sustituto de los objetivos fijados.

El enamorado tiende a pensarse especial por el simple hecho de sentir amor. También el desengañado puede sentir el desamor como algo peculiar y único. El que busca un objetivo, como el que busca el amor, puede sentirse frustrado en sus esperanzas. El desengañado, el que alcanzó su objetivo y lo perdió, como el despechado, puede pensar que, perdida la oportunidad ya no ha de presentársele otra en la vida. Se entristece, se resigna, y con ello,

casi sin darse cuenta, encuentra un fin a su existencia, sólo que, una vez perdido, ya es imposible recuperarlo. Ha encontrado la razón por la que su vida carece de sentido y no puede aspirar a tenerlo. Ya se perdió y no volverá. El tiempo de la esperanza pasó. Ahora su conciencia puede quedar tranquila ante la falta de objetivos. La náusea del vacío ya no le asaltará más, sólo lo hará la agridulce melancolía. Y el sueño de lo que podría haber sido o lo que, en un futuro indeterminado, en otro lugar o situación, podría ser, es suficiente para sentirse confortado.

Si no se puede encontrar el objetivo vital, antes que pensarlo una falacia imposible, siempre es factible justificar su ausencia por su pérdida al pasar por nuestro lado. Si la vida carece de sentido, siempre se puede pensar que lo tenía y lo perdimos. Si hablamos de amor, ¿no dicen muchas canciones que "es mejor querer y después perder"? Pues a eso me refiero.

¿Que se trata de un argumento un tanto rebuscado? Puede ser, pero no lo creo. ¿Acaso no ha habido millones de personas que han pensado durante siglos que esta vida es un doloroso valle de lágrimas al que hemos venido a sufrir y que podría haber una dudosa recompensa en un dudoso más allá? En fin, me parece que las ideas de la pérdida irreparable y el consuelo de lo irremediable suelen ir parejas en nuestras mentes ávidas de sentido vital. ¿O no has pensado nunca en lo hermosa que podría haber sido la vida si…? Y detrás del condicional puedes situar el recuerdo de alguna de tus experiencias personales.

Juan Luis Monedero Rodrigo

(3.AMOR DOLIENTE)

SACRIFICIO VEGETAL

Un hermoso jardín lleno de flores
hoy traigo hasta tus pies mi bienamada.
Ya sé, no me hace falta que lo nombres,
que el crimen vegetal no vale nada.
Bien cierto es que no temo que me ignores,
mas también es verdad que no me amas.
Si es por un tierno amor por lo que clamas,

¿por qué te son espinas mis dolores?
Asesiné mil flores en tu honor, y sus colores,
marchitos, recuerdan sólo el yermo de mi alma.
Gigi el Amoroso

LA LENGUA

Se cuenta que los purkas eran el pueblo más belicoso de la Tierra. Se cuenta también que no siempre fue así. En los relatos de tiempos antiguos es frecuente mezclar el mito y la realidad de la historia. Como no es posible separar el uno de la otra, lo razonable es conservar el relato como tal, y disfrutarlo sin buscarle mayor trascendencia. El relato sobre la historia de los purkas es bonito, aunque el pueblo purka no fuera hermoso en sí mismo.

Dice la leyenda que hubo un tiempo lejano en el que los purkas eran un pueblo pacífico y civilizado. Pero eran gentes sometidas al poder de otro rey. Formaban un pueblo que no se consideraba libre ni feliz, aunque la opresión del rey extranjero no era mayor ni peor que la de cualquier otro amo que hubieran conocido. Aunque el rey no era malvado, como los purkas eran orgullosos, y aseguraban que su pueblo era más antiguo que los demás, llegó el día en el que se sublevaron contra su señor.

La historia de esta sublevación tiene dos partes y una grave consecuencia. Avanzada esta historia, se hablará sobre la consecuencia pero, por seguir el orden que todo relato exige, primero habrá que describir los antecedentes.

Las partes de la historia, los antecedentes del desenlace, se resumen en dos personajes. Se trata de un viejo sabio de nombre desconocido y de un heroico líder que llegó a ser rey de los suyos. No es otro que el famoso Usqüelbo el de los Tres Dedos. Uno, sin saberlo, se convirtió en el padre de la efímera patria purka. El otro, el segundo, muy a sabiendas, personificó al héroe purka por antonomasia, y a la fama añadió el no desdeñable beneficio del poder sobre los suyos.

El sabio de este relato no tiene nombre. Las crónicas, y las leyendas con que se confunden, no lo han conservado. Se le supone

viejo, sereno y extraordinariamente inteligente. Era, según unos, el sacerdote de la antigua religión. Para otros, un simple erudito, si es que en la erudición es razonable suponer simpleza. El sabio, preocupado por la pérdida de la cultura purka y, por qué no decirlo, orgulloso de la tradición de su glorioso pueblo, decidió escarbar en los antiguos documentos del legendario pasado, de esa edad de oro con la que sueñan todos los hombres, anteponiendo a la propia dicha o desgracia la existencia de una vieja época de esplendor en la que buscar consuelo o humildad.

Los purkas fueron independientes tiempo atrás. Las seis tribus de la etnia ocupaban otros tantos valles y, desde ellos, se extendieron por una región tan grande como la mitad del actual imperio. El reino purka gozó de libertad durante cuatro siglos y fue poderoso durante los dos primeros. De aquel tiempo se recordaban reyes y héroes tan legendarios como su época. Contaba la tradición historias sobre gestas imposibles y gentes felices y orgullosas. Los purkas actuales conservaban el orgullo pero, al parecer, no disfrutaban de la felicidad. Tampoco, según muchos, de libertad, ni del ejercicio de poder alguno. Los purkas actuales habían perdido, igualmente, casi todas las tradiciones pretéritas, desde las leyes a las costumbres, pasando por el modo de construir sus hogares, celebrar las fiestas o la simple forma de expresarse. El lenguaje purka había sido casi olvidado y de él sólo palabras sueltas perduraban en la lengua nueva, que no era otra que la del imperio conquistador. Según muchos purkas contemporáneos del sabio parte de la pérdida de influencia de su pueblo se habría debido al olvido de todo lo que les hizo grandes en el pasado. Cabe suponer que el sabio era de la misma opinión y que fue eso, además de la propia curiosidad, lo que lo movió a estudiar los retazos del pasado para intentarlos reconstruir y poderlos mostrar a sus coetáneos.

Fue un arduo trabajo el que emprendió el sabio. Los restos eran muchos, pero estaban dispersos, desordenados, fragmentados. Olvidados, a fin de cuentas. Lo físico, pese a la disgregación causada por los años, era lo más fácil de rescatar del olvido. Quizá por ello el sabio se obcecó en explorar la cultura y lo espiritual. Quería reconstruir la religión purka, las leyes purka, las crónicas de las

gestas de los antepasados. Y quería hacerlo no por medio del fragmentario y confuso recuerdo, sino bebiendo de las mismas fuentes del pasado. Para ello no existía otra opción que la de reconstruir, primeramente, la primitiva lengua purka, de modo que los textos de la vieja corte, almacenados en oscuros sótanos olvidados de las modernas bibliotecas, convertidas en museos de libros, fueran sus maestros y consejeros.

La disgregación de los reinos e imperios puede ser súbita, no así la muerte de las culturas, que suele tomarse su tiempo, en larga agonía. Así sucedió con la vieja cultura purka. El sabio encontró algunos textos de los comienzos del imperio. Los extranjeros invasores, que poco a poco trajeron su lengua, no tuvieron al comienzo de su conquista otra opción que la de redactar sus nuevas leyes y decretos usando la lengua ancestral del pueblo sometido. Por ello existían varios textos en los que se reflejaban dos versiones de un mismo mensaje. La primera, a la izquierda, en la lengua de los purka. La segunda, la de la derecha, en la lengua de los invasores. A partir de aquellos mensajes el sabio fue capaz de reconstruir la lengua primitiva.

No fue tarea sencilla. En primer lugar, los textos en ambos idiomas habían sido maltratados por el tiempo. En segundo lugar, el lenguaje primitivo del imperio era ligeramente distinto del actual. En tercer lugar, la traducción era sumamente compleja, habida cuenta que el lenguaje antiguo presentaba una gramática y una sintaxis extrañas, completamente distintas a las de las lenguas conocidas por el erudito. Pero no era tarea insalvable. Nada, en cualquier caso, que no pudiera resolverse con paciencia y tesón.

El sabio, primeramente, fue capaz de comprender la lengua del imperio antiguo y, seguidamente, de completar los huecos del texto. Luego, inició la traducción de palabras ancestrales. Poco a poco, fue comprendiendo los significados y el sentido de las complejas expresiones. Con esfuerzo, lo complejo y extraño se tornaba familiar. Poco a poco fue capaz de elaborar un diccionario de la lengua primitiva. No era completo, puesto que los textos empleados eran escasos y breves. Pero, una vez conocido el fundamento de la lengua perdida, le fue posible abordar los textos más antiguos,

escritos únicamente en el idioma ancestral. A ello le ayudó el hallazgo de un antiguo breviario, anterior a la pérdida de las viejas creencias, que incluía en la lengua moderna las verdades de la fe purka. Los textos sagrados de la religión purka, las leyes de los reyes gloriosos y las crónicas de la historia de los Diecinueve Reinados fueron finalmente desentrañados.

No contento con su enorme gesta, el sabio se propuso resucitar de veras y por completo el lenguaje ancestral. Para ello, recopiló las escasas palabras de la lengua que habían perdurado en la jerga moderna. Eran apenas cuatrocientos vocablos. Habían sido deformados a partir de las voces originales, pero el sabio pudo establecer la correspondencia con las palabras de los textos y, así, determinar las reglas de la escritura antigua, así como las normas de pronunciación. De este modo reconstruyó no sólo la semántica y la sintaxis, sino también la fonética y hasta la cadencia de la vieja lengua. Había recuperado para la modernidad la antigua lengua materna.

El trabajo fue tan absorbente que, según las crónicas, la salud del sabio resultó casi por completo consumida. El sabio adelgazó y envejeció rápidamente, se hizo hosco y huraño, antipático incluso para sus admiradores. Pero nadie se lo tomó en cuenta. La pérdida de su salud, colocarse al borde de la locura, eran un precio escaso a cambio del magnífico regalo a sus paisanos. Les había entregado la antigua lengua, les había devuelto la llave del pasado y su gloria.

Este es el punto en el que la leyenda se olvida del sabio. Se sugiere que murió pronto, completamente loco. Pero el sabio ya no importa. Es el momento para que entre en escena el segundo héroe, el hombre que devolvió a los purkas su añorada grandeza. Si el sabio recuperó la llave del pasado, el glorioso Usqüelbo la utilizó y entregó a su pueblo la lengua de los ancestros, junto con sus tradiciones y su libertad.

Los purkas eran, por aquel entonces, un pueblo pacífico, un pueblo de tranquilos comerciantes que odiaban todo tipo de conflictos, tan perjudiciales para los negocios. Un pueblo melancólico también. Quizá porque tener una vida cómoda y sencilla siempre hace al hombre desear algún tipo de novedad o aventura. Los purkas, por

tanto, añoraban aquel tiempo mítico del pasado en el que sus predecesores pasaban por ser héroes y la patria purka era una realidad. Por eso, cuando el viejo sabio les devolvió la lengua ancestral, ellos la adoptaron como parte de su patrimonio y se esforzaron en aprenderla. A los más mayores les resultó difícil. La lengua era compleja y sus mentes adultas no eran ya moldeables ni memorizaban con facilidad. Para los jóvenes y los niños aquello resultaba mucho más fácil y la lengua era asimilada con pasmosa naturalidad.

Por aquel tiempo era administrador de la región Usqüelbo, llamado el Tres Dedos por un accidente de juventud. Era un representante del imperio, el máximo mandatario del lugar al servicio del Gran Rey que sojuzgaba a tantos países. Y Usqüelbo, colocando en una balanza, de un lado su ambición y del otro la lejanía del monarca y los deseos de su pueblo, decidió que, con tiempo y paciencia, él mismo podría convertirse en el nuevo rey de los purkas. Usqüelbo, ya anciano, logró su objetivo. Se convirtió en héroe para su pueblo. También, obviamente, en traidor para las gentes del imperio.

Usqüelbo era un gobernante inteligente y sabía que en asuntos de tanta trascendencia la prisa era mala consejera. De modo que, durante casi treinta años, se mantuvo fiel al monarca al que representaba, convencido de que era necesario mucho tiempo para convertir a un pueblo de comerciantes en un pueblo de guerreros. Para ello, contaba con el descubrimiento del sabio y el amor a la tradición del que alardeaban todos sus vecinos. El administrador fomentó la cultura local, la historia, el folklore, las costumbres antiguas y, ante todo, tratando de reconstruir la identidad perdida, se preocupó de que todos los purkas se esforzaran por aprender la vieja lengua.

No sabía entonces el éxito que su táctica iba a alcanzar. Como no saben la mayoría de las personas lo mucho que influyen sus modos y costumbres, su manera de hablar, en su forma de pensar y de ser. En todas la escuelas del país, en todos los templos, en todas las plazas, los purkas aprendían la lengua primitiva y se esforzaban en emplearla para comunicarse entre ellos. Los adultos no pasaron de un conocimiento superficial de la lengua. Los más jóvenes se expresaban

en ella con soltura y, como la preferían, por ser propia, a la moderna tomada del invasor, fue convirtiéndose en el vehículo de comunicación de las nuevas generaciones. Los purkas viejos hablaban la lengua nueva y los jóvenes la vieja. Así se recuperan las tradiciones olvidadas. También las inexistentes.

La lengua del imperio seguía siendo el idioma oficial. Los documentos del estado se escribían en ella. Pero la vieja lengua iba ganando nuevos adeptos. Los viejos, obligados a expresarse en la lengua nueva, la maldecían y aplaudían la aplicación de sus hijos y nietos en el empleo de la lengua ancestral. Los jóvenes también odiaban la lengua nueva y la maldecían. Lo curioso, lo extraño, era que los jóvenes odiaban muchas otras cosas, sobre todo las del imperio invasor.

La lengua se hizo común y la identidad purka aparecía sólida y diferente como no lo había sido en los últimos siglos. Poco a poco, el astuto Usqüelbo sentía que se aproximaba su momento, el de liberar a los suyos y convertirse en su cabecilla. Las crónicas no dicen si Usqüelbo llegó a hablar la vieja lengua o si practicó las viejas tradiciones. Sí cuentan que los purkas estaban decididos a recuperar su libertad perdida, dispuestos a luchar por ella.

Cuando la rebelión se produjo fue cuando la fruta de la insurrección patriótica estaba completamente madura. Los purkas ya no eran los mismos de tres décadas antes. Los comerciantes ya no se limitaban a atender sus pacíficos negocios. Un pequeño guerrero había nacido en el seno de todos ellos, sobre todo en los más jóvenes. Es lógico que los jóvenes muestren más vehemencia en sus creencias y mayor deseo de cambio. Es natural en ellos. Pero los purkas, sin saberlo, estaban sometiéndose a una influencia que ninguno de ellos tuvo en cuenta y de la que no pudieron librarse ni cuando ya fue demasiado tarde.

La rebelión triunfó. Pocas tropas cuidaban aquella región pacífica y satisfecha. El lejano rey pensaba que aquella era una frontera plácida y tranquila. Pero se equivocaba. Usqüelbo encabezó la revuelta y el país de los purkas se hizo patria. El Purkistán volvía a ser libre y Usqüelbo fue su primer rey. El rey era viejo y pronto murió, feliz de su éxito. Lo sucedió su nieto, cuyo nombre ha sido

olvidado. Al nieto de Usqüelbo aún lo sucedieron dos reyes más, el segundo muy efímero. Curiosamente, el nombre del cuarto y breve rey es conocido: Pergesilao, mientras que el del tercero no ha perdurado en la memoria. Después de Pergesilao la patria purka desapareció y con ella todos sus pobladores.

El porqué de la ruina de los purka es la única razón de este relato que mezcla historia y leyenda.

La culpa la tuvo la vieja lengua y los purkas no se dieron cuenta de ello, aunque algunos síntomas podrían haberles indicado el origen del problema.

Los purkas, tras instaurar su reino, no se conformaron con quedarse dentro de sus fronteras. Después de que el rey extranjero tratara de recuperar su dominio sobre la comarca levantisca de los purkas y fracasara en su empeño, siendo derrotado completamente por los insurrectos, los purkas se creyeron invencibles y, animados por un ansia de sangre y gloria que había sido desconocida durante los últimos siglos, se lanzaron a la conquista de todos los territorios vecinos, dispuestos a ampliar generosamente las fronteras de su pequeño país.

¿De dónde les vino a los purkas aquel desconocido ardor guerrero? Ése y no otro es el meollo de la cuestión. Los pacíficos purkas del pasado se habían convertido en un pueblo cruel y sanguinario. Y existía una causa para aquel cambio. Se trataba de algo tan simple y, aparentemente, insignificante que pasó inadvertido para la mayoría de los purkas y para muchos historiadores. Quizá por ello sólo nos ha llegado en la forma de leyendas.

Los cuentos a que dio lugar la larga guerra de los purkas con otros países hablaban de su misteriosa lengua mágica. Quizá sea cierto que la lengua purka era mágica. La lógica no está de acuerdo con tal apreciación pero, en todo caso, sí hay que reconocer que algo de misterioso contenía el idioma ancestral. Aunque, esa misma lógica que niega el milagro, quizá podrá arrojar alguna luz sobre el sentido de los cuentos y el de este breve relato.

Cada lengua adquiere características de la gente que la utiliza. También sucede a la inversa. Un pueblo de pastores desarrollará una jerga de pastores. Uno de comerciantes una lengua

más sutil, con giros que permitan el doblez y el engaño. Uno de puritanos una lengua sin insultos. Uno de guerreros, una lengua de acuerdo con sus usos violentos.

Los purkas antiguos eran un pueblo nómada y montañés que llegó al país procedente de tierras lejanas, empujado por el exceso de población y la falta de recursos hacia zonas más llanas, ricas y, por extensión, densamente habitadas. El ancestral pueblo de salvajes montaraces desplazó a los primeros pobladores del Purkistán, cuyo viejo nombre fue olvidado por los siglos posteriores, y conquistó el país. Los purkas eran gentes valerosas y aguerridas, sin temores ni prejuicios. Un pueblo guerrero y violento que nunca llegó a civilizarse del todo. En los tiempos del Imperio Purka, sus reyezuelos eran poderosos soldados que sojuzgaban por las armas al enemigo. Y todo ello se notaba en su lenguaje arcaico.

Luego, cuando fueron conquistados por el imperio actual, las viejas costumbres belicosas fueron olvidadas y, con ellas, también la lengua en que los purkas se habían expresado desde sus orígenes. El modo de ser de los purkas cambió. De violentos y sádicos, pasaron a ser diplomáticos y dialogantes. Olvidaron su fuerza, su odio, su carácter. Tan completo fue el olvido que nadie recordaba cómo eran los purkas anteriormente y, del pasado, sólo se preservaba la imagen de un tiempo idílico y un reino poderoso. Una imagen en absoluto distinta de la que de su historia se crean todas las civilizaciones, pujantes o decadentes.

Poco imaginaba nuestro sabio que, cuando recuperaba la lengua muerta, también estaba resucitando, con ella, el espíritu y carácter de los que la utilizaron. Nadie, menos aún él mismo, llegó a sospechar que su cambio de carácter, del que él no era consciente, se debía a algo más que al duro trabajo. Pero el hecho de que el sabio se tornara, poco a poco, hosco, huraño y hasta agresivo se debía a una causa bien distinta. Al estudiar en profundidad el lenguaje antiguo para desentrañar sus misterios, al tratar de pensar en la antigua lengua primitiva, sus estructuras gramaticales, su semántica y hasta su ritmo y cadencia, le fueron alterando, lentamente, el ánimo, de un modo apenas perceptible más que al final de su evolución.

Menos aún imaginaban los purkas que cuando, bajo los auspicios de Usqüelbo, asimilaban la vieja lengua purka y educaban en ella, como lengua madre, a sus hijos, estaban desatando un proceso de consecuencias gravísimas e imprevisibles. El carácter sanguinario de los purkas ancestrales renacía en sus descendientes al adaptarse sus pensamientos al uso de la lengua resucitada. Los comerciantes habían cambiado su lengua de paz por una lengua de guerreros que, casi sin darse cuenta, iba modificando su forma de pensar. Al comunicarse en la vieja lengua, al pensar y sentir en ella, los jóvenes purkas fueron tornándose diferentes a sus padres quienes, con su conocimiento superficial de la misma, nunca llegaron a sufrir tan drásticos cambios.

Muchos achacaron la animosidad de los jóvenes al vacuo patriotismo con el que Usqüelbo y los mayores habían imbuido a los muchachos. Pocos sospecharon la causa del mal salvo, quizás, sus enemigos extranjeros para quienes la lengua purka no era sino un idioma maldito y mágico, caracteres de los cuales se originó la presente leyenda. Lo cierto es que nada tenía que ver el patriotismo con el carácter violento y fanático de los purkas. Su nuevo rey aplaudía su coraje y valor. Los descendientes de Usqüelbo compartieron ese mismo carácter agresivo. No sabían dialogar ni pretendían lograr acuerdos. La paz no existía y su paraíso era el conflicto hasta el infinito, su dios la guerra y su objetivo la muerte en la batalla.

Aquel pueblo desnaturalizado comenzó a extender sus fronteras a costa de sus vecinos. Las madres no lloraban a sus hijos muertos. Sólo ensalzaban a los héroes. La industria y el comercio del país se redujeron a la simple rapiña. Las religiones de paz desaparecieron. También las artes y todo tipo de sabiduría. La única distracción eran los juegos y deportes que formaban guerreros. Y nadie entre los purkas era consciente de que aquel camino que habían iniciado era oscuro, temible, y conducía a la catástrofe. Faltaba saber si sólo la ajena o también la propia.

Entre los purkas, las costumbres del imperio habían desaparecido tan pronto como las viejas tradiciones habían sido recuperadas. El cambio en las mentes y las almas parecía drástico y definitivo. Pero el propio imperio no había desaparecido. Tampoco las

naciones vecinas. De modo que, ante la expansión de aquel pueblo diabólico que destruía todo lo que tocaba, ocurrió lo que nunca se había visto: los tres pueblos vecinos de los purkas se unieron en alianza para destruirlos, y así acabar con su creciente poder. Las gentes del imperio, los hombres del reino del norte y los siempre pacíficos vecinos de allende el mar lucharon codo con codo para vencer al temible enemigo purka. Hubo muchos muertos y la guerra fue larga y cruel. Pero, finalmente, los purkas fueron exterminados. Por una vez en la historia, no se puede decir que su rey Pergesilao los hubiera conducido a la catástrofe. Es seguro que, con o sin su violento rey, los purkas habrían tomado el camino de la violencia. Como en muchas ocasiones en que esto sucede, la completa derrota los esperaba al término de su inestable modo de vida. Sólo unos cuantos de entre ellos, viejos, niños y algunas mujeres que no lucharon junto a sus maridos, fueron capturados y llevados como prisioneros a las capitales vecinas. El país de los purkas desapareció y fueron eliminados los purkas mismos como pueblo. Se cuenta que ancianos y mujeres persistieron en su carácter violento pero los niños, a los que se retiró de sus madres y nunca aprendieron la lengua purka, olvidaron su violento pasado y se convirtieron en personas normales, similares a sus pacíficos antepasados. Del mismo modo que los purkas, fue borrada su lengua maldita y todos sus textos se destruyeron para que el futuro no conociera el renacer de tan terrible maldad.

Este último extremo es el final del relato. Los mitos tienen la mala costumbre –o buena, según cómo se mire- de contener en ellos la destrucción de las pruebas que podrían servir para verificar la realidad de la historia en la que supuestamente se basan. Quizá eso hace más interesantes los relatos legendarios, ¿o no?

Juan Luis Monedero Rodrigo

(4.AMOR INESPERADO)

LA ALEGRÍA SE PRESENTA EN UN INSTANTE

De pronto llegó el amor inesperado.
De tanto que lo buscaba lo había olvidado.

No es raro que ahora me encuentre desprevenido
pues siempre tal cual me llega así se me ha ido.
Qué dulce es sentir tu corazón que arde.
La flecha lo ha atravesado de parte a parte.
No encuentro mejores frases con que explicarlo.
Amor es lo que se vive, no hay que contarlo.
Te colocaste a mi lado sin darme cuenta.
Sacarte del corazón ahora sí que cuesta.
Llegó la felicidad, me ha vuelto idiota.
Sé que ahora que estás aquí soy mejor persona.
Te quiero tanto que todo lo que he sentido
carece de relevancia y nunca ha existido.
Quisiera que no te fueras nunca con otro,
que te quedes a mi lado y me vuelvas loco.
No sé si es amor real o es amor soñado.
Me has pillado con los pantalones bajados.
Tan pronto como has llegado me has confundido.
Me subes las emociones, me siento vivo.

Gigi el Amoroso

EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA CIENCIA

Me sorprende y desagrada encontrar en su revista un artículo tan soez como el de un muerto de hambre que nos muestra su tétrica, aunque colorista, visión de la vida. Ese pobre tipo que hace mofa y befa de los divinos procesos fisiológicos de nuestras vísceras no podría alcanzar a imaginar que una de mis últimas y más provechosas investigaciones me ha llevado a elaborar una importante teoría que en sí misma –y fuera de sí igualmente- constituye el cuerpo fundacional de una nueva área de conocimiento dentro del amplio campo de los estudios antropológicos, sociológicos y biológicos. Se trata de una gloriosa heredera de aquellos humildes estudios fisiognómicos hoy denostados por los incultos –sin más razón que el odio de los demagogos que no aceptan la realidad de las diferencias orgánicas humanas- que deducían el carácter, las aptitudes y la perversidad moral de las gentes a partir de profundos estudios

biométricos. A aquella ciencia incompleta de nuestros mayores quiero yo hoy añadir un logro empírico-intelectual que sobrepasa todo lo logrado por el género humano durante los últimos siglos de desarrollo científico. Se trata, como no podía ser de otro modo, de las bases de la nueva ciencia de la pedognomía, origen futuro de un conocimiento antropométrico y psicológico más profundo de cualquier individuo a partir de su desgasificación rectal, llamada de un modo más vulgar flatulencia.

En uno de mis numerosos experimentos empírico-mentales descubrí ya hace cierto tiempo la innegable relación existente entre el modo particular de expulsar los gases de la digestión y el carácter propio de cada individuo. Una descripción pormenorizada del estudio puede encontrarse en la revista científica swazi "Anales fisiológico-filosóficos de dialéctica antropoide". En un breve artículo de ochenta y tres páginas que constituye el único número hasta la fecha de tan famosa publicación, se describen con cierto detalle los complejos experimentos que realicé durante seis años entre doscientos un habitantes de la aldea de Mopongo (sita en el propio territorio de Swazilandia). No describiré en esta breve reseña los métodos y materiales de recogida de datos y muestras empleados a lo largo del estudio, pero sí indicaré los resultados y conclusiones del mismo, los cuales paso a comentar a continuación.

El meollo del asunto estriba en el hecho demostrado por mí, aunque supuesto anteriormente por diversos investigadores, de que la emisión de flatulencias permite dilucidar muchos aspectos del carácter y la salud físico-mental del sujeto de análisis. Para ello, se hace necesario un estudio pormenorizado de los que yo llamo parámetros físico-organolépticos del gas rectal. Algún ignorante encontrará divertido que alguien infinitamente más sabio y erudito que él pueda recurrir a los desagradables cuescos para hacer tal tipo de estudios pero, señores, a las pruebas me remito. La ciencia me mueve, que no la extravagancia.

En fin, diré que entre estas propiedades o parámetros cuesquiles yo doy la máxima importancia a los siguientes: sonoridad, intensidad o potencia de la emisión, tono, timbre o calidad sonora, ritmo o musicalidad, relación continuidad-discontinuidad, cantidad o

número, aroma, duración y reminiscencia. El parámetro más importante es el primero. La sonoridad indica honradez, carácter abierto, extroversión, generosidad. Al contrario, la falta de sonoridad indica timidez excesiva o, incluso, hipocresía. El pedómano sordo suele ser un individuo traicionero y egoísta. Estos que peen en silencio pero con tufo mortífero suelen ser los individuos de peor calaña que imaginarse pueda. Bien es cierto que la falta total de sonoridad es rara, más aún usando los adecuados aparatos de registro. La potencia mantiene una relación de proporcionalidad directa con las cualidades proporcionadas por la sonoridad. Dada sonoridad, a mayor intensidad se incrementan las virtudes del autor. Tono y timbre son cualidades que corren parejas. El tono grave indica severidad. Si el sonido es puro, nítido, indica coherencia interna. Sonidos graves y groseros, difusos, indican tristeza y hasta carácter depresivo. Los tonos agudos implican alegría, carácter animoso. Si además son límpidos y cristalinos anuncian espiritualidad. El vibratto puede ser signo de duda, pero también de fatuidad y egolatría. La musicalidad es índice inequívoco de imaginación e inteligencia. El virtuosismo melódico puede indicar tanto genialidad como locura. También en la musicalidad se pueden descubrir muchas otras sutilezas del carácter: violencia, simpatía, bonhomía, suelen traslucir para el experto a través de la composición de notas. Entendiendo por continuidad la emisión sin interrupciones y por discontinuidad lo contrario, hay que señalar que el carácter continuo es signo inequívoco de constancia y seguridad en sí mismo, de paciencia y fuerza de voluntad, de claridad de ideas, de fiabilidad. La discontinuidad indica, obviamente, lo contrario. La duración, o tiempo empleado en cada emisión individual, es un parámetro secundario que refuerza o reduce, modulando en todo caso, la información aportada por el parámetro previo. La cantidad también nos habla de constancia, pero a la vez puede indicar falta de imaginación, repetitividad, cortedad de miras, mal talante. O, simplemente, que el emisor es un pelmazo. El aroma, al que, en ocasiones, también me refiero como textura, es fundamental para determinar facetas secundarias del carácter. Así, vicios como la gula, la envidia, la lujuria o la avaricia, pueden deducirse del aroma. También virtudes como la sinceridad, la

conciencia tranquila o la belleza interior. Aspectos más triviales como la dieta y el estado general de salud también son descubiertos a través de la textura. En este sentido, hay que señalar que los cuescos zurrasposos suelen ser síntoma inequívoco de graves desarreglos orgánicos. Para concluir, la reminiscencia o regusto es un carácter accesorio pero, sin embargo, especialmente clarificador de las peculiaridades del carácter y los secretos del alma. Las reminiscencias son variadas: chorizo, judías, putrefacción, siendo imposibles de interpretar si no es en relación con otros parámetros.

La exposición realizada hasta ahora no es sistemática ni completa. Existen otros muchos parámetros que no voy a considerar en tan breve reseña. Podría hablar del alcance, la persistencia, vocación de huida inducida, volumen de emisión, humectancia, composición porcentual. La importancia de estos parámetros es variable, pero siempre secundaria. En todo caso, no se puede hablar de un factor exclusivo que defina el carácter. Cualquier análisis debe basarse en un estudio profundo y sinérgico de todas las cualidades de la emisión. Como no pretendo mostrar la versatilidad de esta nueva ciencia en toda su profundidad, creo que con lo dicho es, por el momento, más que suficiente.

La fiabilidad de la pedognomía es completa y su éxito debería estar asegurado si no fuera por la gran cantidad de envidiosos que pululan en este mundo de la erudición. Propongo desde estas líneas que los estudios pedognómicos se extiendan al mundo de la psicología y, particularmente, a la selección de personal para puestos de trabajo específicos.

Tengo en mente iniciar una serie de cursos prácticos de análisis pedognómico, con prácticas de educación nasal y acústica, descripción de instrumental (pedómetro, pedógrafo, termópedo, pedopar, electrópedo y muchos otros de mi invención), toma de notas y análisis informático de los datos. Quien desee saber más al respecto, puede contactar conmigo a través de la redacción de esta publicación.

Mi más sincero agradecimiento a la tribu de los Mopongo, a su jefe Nalgancha y al insigne autor don Francisco de Quevedo y

Villegas cuyo "Soneto casi coprológico" sirvió de inspiración a mis investigaciones.

Gazpachito Grogrenko

(genio profesional, merecedor de varios premios Nobel en diversas disciplinas científicas y humanísticas)

CONFUSA FLORESTA

¡Qué oscuro es este valle en el que vivo!
Y, pese a todo, salgo y siempre vuelvo a él.
Valle de espesas retamas y encinas,
de tiernos avellanos y carrizos junto al río
que de aguas claras corre por el centro
y, pese a todo, la luz del Sol no toca el suelo en el que habito
de este valle triste y solitario, oscuro
y bello como pocos, mío,
valle en el que moro
y del que no me sacan cantos de sirena
ni voces agoreras de mi suerte.
Mi valle muere y yo con él,
la escasa luz escapa de estas cuestas
llevándose el amor y mi memoria.
¡Adiós negras florestas! Fosilicemos juntos para siempre.

Juan Luis Monedero Rodrigo

POSTAS

Caminaba hacia el único lugar al que podía dirigirse todavía. Nunca había estado allí y, sin embargo, el camino le resultaba familiar, como si lo hubiera seguido en miles de ocasiones, como si lo guiara hasta él un instinto desconocido, o la fuerza incontestable de su sino.

Iba al cementerio, a encontrar la paz que ya no podía esperar en esta semivida. Se sentía vacío, extrañamente ajeno a sí mismo. Así deben de sentirse todos los que han perdido el corazón y la verdadera vida. Como un espectro aún aferrado a su último resto de

materia, caminaba hacia su destino. No sabría decir si se desplazaba sobre sus pies o volaba, levitando como un fantasma. Apenas era consciente de sí mismo, ni recibía la mínima percepción del paisaje que lo rodeaba. En su mente confusa sólo existía espacio para dos pensamientos. El primero y más importante era el de cumplir su destino y hallar la paz que tanto anhelaba, seguro de que sería el final de todos los dolores de los últimos tiempos. Era difícil determinar la duración de esos tiempos que lo mismo le parecían un pasado reciente como una eternidad hueca de contenido. El segundo pensamiento, al que no se puede catalogar como triste o melancólico, se refería, precisamente, al instante en que comenzó su oscuro pasado. Aunque le costaba mucho identificarse con aquel personaje que había sido, todavía podía recordar cómo empezó aquella gran desventura hacia cuya conclusión se dirigía.

El señor Ireneo Martínez, secretario personal del alcalde de Soria, nombrado por algún funcionario de su majestad don Carlos III, era un tipo pagado de sí mismo. Orgulloso de su cultura y de su familia, como último sucesor de aquel otro Martínez adelantado del Reino, Ireneo galopaba para tomar posesión de su cargo.

Había partido la jornada anterior desde la corte de Madrid, donde sus influencias, buenas aunque mejorables, le habían proporcionado su primer destino como funcionario público con el nada desdeñable empleo de secretario del alcalde de una capital castellana. El tiempo era terrible. Pleno mes de enero, vientos fuertes y helados, lluvia, un frío que cortaba la cara. Pero nada iba a detener a Ireneo, deseoso de labrarse, cuanto antes, un brillante porvenir en la corte. Para tomar posesión de su cargo había partido a caballo, sobre brioso corcel negro, embutido en gruesa capa de idéntico color y protegida la cabeza con un enorme sombrero de fieltro que sólo se mantenía fijo a sus sienes porque lo sujetaba con una enorme pañoleta que estropeaba su juvenil porte de hidalgo. Pasó la primera noche en una pequeña posada a varias leguas de la universitaria Alcalá. La segunda, más ventosa y fría que la anterior, oscura como boca de lobo y cuajada de gruesos copos de una terrible nevada invernal, lo obligó a detenerse en un lugar remoto y desconocido. A punto de confesarse perdido tras abandonar, sin

quererlo, el familiar camino de la calzada real, cuyo barro helado hacía, en algunos tramos, resbalar al caballo, Ireneo encontró un caserío y allí le informaron de una posada que no se hallaba lejos. ¡En mala hora se dirigió a aquel lugar de perdición! La fonda tenía buen aspecto, a la escasa luz de los faroles que la destacaban en la negrura de la noche. Ireneo se alegró sobremanera de hallar cobijo en aquel lugar. Sus dedos helados no le impidieron bajarse de su montura y caminar, con ella a su lado, en busca del dueño, feliz de poder encontrar reposo, comida y calor junto a un buen fuego.

En aquella noche terrible, cualquier posada le habría parecido palacio ducal al señor Martínez, pero lo cierto era que aquella hospedería era inesperadamente próspera y limpia para aquellos parajes solitarios. Ello era, a ojos de Ireneo Martínez, una prueba indudable de que se trataba de una casa honrada y de buen yantar. Posadas solitarias como aquella sólo podían medrar atrayendo clientes con sus buenos servicios y no mediante el tradicional latrocinio de algunas ventas. Eso y lo recio de las paredes y la techumbre, junto con el agradable calor que impregnaba el lugar, hizo que el secretario se mostrase más confiado de lo debido. Poco habría cambiado, no obstante, su comportamiento aunque la fonda le hubiera parecido sospechosa. No había otra alternativa para pasar la noche a cubierto.

En honor a la verdad, hay que decir que la posada estaba llena de viajeros. Casi todos ellos eran rústicos de la comarca. Había comerciantes, carreteros y algún ganadero llegado de la feria local. No se veían caballeros, aparte del señor Martínez. Pero el hecho de que el pueblo llano frecuente un lugar suele ser indicativo de buen servicio y precio más que de otra cosa. Los lugareños no se dejan engañar fácilmente por sus vecinos. Aunque Ireneo se hizo esta composición de lugar, no se comportó de modo extraño o descuidado. Precavido como solía, procuró no hacer alarde de exageradas riquezas. Quería ser tratado como caballero, pero no acabar desplumado. Guardó su bolsa lo mejor que pudo y se mostró serio y distante ante el ventero que lo recibió.

Un mozo se llevó su montura al pajar y el posadero, seguro de estar ante un adinerado gentilhombre, trató de sacarle el oro a cambio de servicios tan innecesarios como limpiarle las botas antes

de una nueva jornada entre el barro. Ireneo, discreto, solicitó una buena habitación, sin chinches ni pulgas y, a ser posible, con jergón de lana y no de paja. Pidió una cena fuerte para quitarse el frío y un lugar junto a la chimenea para terminar de entrar en calor. El posadero no planteó ninguna objeción ni prosiguió con sus ofrecimientos. Se limitó a sugerirle su mejor habitación, señalando que resultaba un poco más cara que las demás. Como la diferencia era escasa y el señor Martínez quería descansar, aceptó de buen grado el ofrecimiento. Pidió que le mostraran la habitación para dejar allí el equipaje y poderse cambiar antes de la cena, que aún tardaría en estar hecha.

Ireneo no notó nada extraño en su cuarto durante aquella primera visita. Cambió su ropa de viaje y su calzado por un traje más cómodo lo que, quizá, supuso una nueva indiscreción por su parte, pues demostró a los presentes que era un caballero de posibles y esto, sin duda, reafirmó al posadero en la convicción de que la idea que de él se había hecho era la correcta y la oportunidad de alojarlo en aquella habitación, la más cara del lugar.

Bien es cierto que Ireneo no hizo ninguna exploración del cuarto. Ni se molestó en comprobar que no existían chinches o pulgas en el lecho. El colchón era de lana y olía a limpio. No necesitaba saber más. Tampoco deshizo el equipaje. No merecía la pena, puesto que sólo iba a pasar una noche allí. Le bastó con extraer su traje negro y unos zapatos de hebilla para cambiarse. El traje de viaje quedó sobre el lecho y las botas a los pies de la cama. Como al salir echó la llave del cuarto, creyó que no era necesaria mayor precaución. Su desconfianza, que no era demasiada, sólo alcanzó para que por su cabeza se cruzase la idea de que alguna persona de la posada que poseyera copia de la llave pudiera entrar a robarle en su ausencia. Pero desechó este pensamiento por tres poderosas razones: su ausencia iba a ser breve, llevaba la bolsa del dinero junto con la toma de posesión del cargo en el bolsillo de la chaqueta y nada de valor había quedado en el cuarto.

Así pues, el señor Ireneo Martínez bajó al comedor de la posada. No era su intención relacionarse con nadie de aquel lugar. Pero, ante la perspectiva de que se sentara a su mesa algún tipo de

mala catadura, aceptó de buen grado la compañía del propio posadero y la de un labriego rico del contorno. Quizá pensaban que le hacían un honor con tal deferencia, pero cuando, preguntado por el objeto de su viaje, Ireneo les confesó, lleno de orgullo, que era el nuevo secretario del alcalde de Soria, los dos rústicos comenzaron a hablarle con mayor respeto y comedimiento. Al menos, eso fue lo que pensó el jovenzuelo. Más tarde, durante un breve instante de lucidez, comprendería que la actitud de aquel malvado perseguía un fin bien distinto que el de contentar a su huésped: saber de su oficio permitía intuir la cuantía de su fortuna y lo provechoso del negocio.

La cena no fue exquisita. Sí abundante. Y caliente. Siendo, quizá, esta última su virtud más deseable. Ireneo no dio mucha conversación a sus interlocutores. El más feliz parecía el posadero, que no paraba de hablar y, muy poco discretamente, preguntaba al viajero por sus conocidos en la comarca y por su familia. ¡Bien claro se veía, a la luz de los acontecimientos posteriores, que sólo quería asegurarse de que no habría nadie que pudiera dar con su paradero! La tormenta y el carácter de forastero huraño de Ireneo eran un seguro para ocultar el crimen que se iba a cometer. Aunque, claro está, el bueno de Ireneo Martínez era lo bastante inocente como para no sospechar del posadero ni intuir sus aviesas intenciones.

El secretario bebió un tanto más de lo debido. No se puede decir que estuviera ebrio, aunque sí algo más feliz y acalorado de lo habitual. Cuando regresó a su cuarto, dispuesto a descansar, no trastabilló en las escaleras ni dudó a la hora de usar la llave de la puerta. Estaba deseando ponerse el camisón y tumbarse a dormir. Cansado y ahíto, tenía la completa seguridad de conciliar rápidamente el sueño, aunque la habitación estuviera plagada de chinches, pulgas, cucarachas, ratas o cualquier inimaginable sabandija. De modo que, nada más entrar a su cuarto, cerró la puerta y se dirigió al equipaje sobre la cama, dispuesto a colocarse el camisón de dormir. Apenas había comenzado a desvestirse cuando, tras de sí, del lugar donde había un enorme armario de pared que el huésped suponía vacío, le llegó un ruido extraño, como de madera raspada. Ireneo no le dio demasiada importancia. Aunque no le agradaba tener compañía animal,

tampoco era tan terrible la idea de que un ratón o una rata estuviera hurgando en aquel armario cerrado.

¿Cerrado? El ruido se hizo más fuerte y el señor Martínez se sintió en la obligación de expulsar a aquel bicho escandaloso de su cuarto. ¿Y si la alimaña se ponía a roer toda la noche y no le dejaba dormir? O peor, ¿y si se metía en su equipaje y destrozaba sus caros trajes? Aquello era inadmisible. Ireneo se acercó a la puerta del armario y la abrió sin contemplaciones. Entonces, ya no hubo tiempo para reaccionar. En su memoria habían quedado grabados una imagen y el terrible dolor.

Lo que vio ante sí no era una alimaña. No, al menos, el tipo de alimaña que cualquiera hubiera esperado encontrar. Frente a él se encontraba una criatura monstruosa. Se diría que aquello había sido un ser humano. Hoy sólo era un pellejo reseco y amarillento, cuyos huesos se remarcaban a través de su piel semitransparente. En su pecho había una enorme y oscura llaga, rodeada por restos de sangre reseca. En su rostro no había expresión, como tampoco había ojos. Aquel engendro parecía observarlo con sus cuencas vacías y negras.

-¿Cómo? –acertó a pronunciar Ireneo. No hubo tiempo para más.

En la sarmentosa mano izquierda de aquella criatura había un pergamino. Casi parecía un pellejo desprendido del cuerpo de aquella abominación. En la derecha portaba un cuchillo curvo y oxidado. Un rápido movimiento de aquella mano llevó la hoja hasta el pecho del secretario. Entonces, Ireneo sintió un terrible dolor y luego se hizo la oscuridad. No gritó. Sintió que el cuchillo hurgaba en su pecho, escuchó una especie de suspiro de alivio y luego ya no notó nada.

Ireneo volvió más tarde a una especie de semiconsciencia. No sabía cuánto tiempo había pasado. Quizá no tenía mucho sentido hablar de tiempo en su nueva situación. Una situación que Ireneo conocía bastante bien, sin necesidad de que nadie se la explicara. Se encontraba tendido en el suelo de su cuarto, como un guiñapo. No podía moverse, aunque sus sentidos seguían funcionando. O quizá no eran sus sentidos. Podía ver y oír, sentía el tacto y el dolor, pero se trataba de sensaciones extrañas, casi ajenas, como si fueran las de otro. No en vano sabía con absoluta seguridad que estaba muerto y

que había sustituido a la abominación que lo asesinó. Sin leer el pergamino que sujetaba su mano izquierda, cuyas letras y el idioma en que estaban escritas eran incomprensibles, sabía su contenido: sólo hallaría el descanso eterno cuando encontrase un sucesor. Entretanto, permanecería como un fantasma pegado a su viejo cuerpo, sujetando en su diestra el cuchillo homicida con el que había sido extraído su corazón.

Tendido boca abajo sobre el suelo, el cadáver de Ireneo podía percibir su roja sangre derramada sobre el piso, sentía su aroma ligeramente dulzón y el descenso vertiginoso de la temperatura de su cuerpo. Se dio cuenta de que ya era de día. O tal vez no era el primer amanecer tras el asesinato.

¿Horas? ¿Días? ¿Minutos más tarde? Ireneo, lo que de él quedaba, percibió el sonido de la puerta de su cuarto al abrirse. El posadero entró en la habitación. No pareció sorprenderse. Era aquello lo que esperaba. Recogió el equipaje del secretario y hasta tomó la ropa del muerto, dejándolo desnudo. Todo tenía algún valor para aquel tipo. Apartó a Ireneo de su lugar y lo puso sobre unos trapos, donde dejó que terminara de desangrarse. Entretanto, limpió la habitación como mejor pudo y sacudió la ropa de la cama, como si esperase un nuevo huésped y la presencia del muerto fuera parte del mobiliario.

Luego, tomó el cadáver del suelo y lo metió en el fondo del armario, igual que si de un viejo fardo se tratara.

-Señor secretario, quédese ahí hasta que venga el siguiente –le dijo con un fondo de sorna en la voz.

La puerta del armario se cerró y los restos de Ireneo quedaron a oscuras y en completa inmovilidad. Un nuevo portazo y el ruido de una llave al deslizarse en la cerradura anunciaron la salida del posadero.

Si el secretario hubiera sido capaz de sentir tristeza de sí mismo, se habría puesto a llorar. En lugar de eso, atendió a sus sentidos hipersensibles que le indicaron cómo algunos gusanos y sabandijas pretendían hacer de sus restos su hogar. Sintió mordiscos de cucarachas, picotazos de chinches y cientos de larvas deslizándose por su cuerpo. El tiempo debía de pasar, aunque Ireneo no era muy consciente de su transcurrir. Sabía la hora por el lejano

tañir de unas campanas, pero no era capaz de llevar la cuenta del transcurso de los días, todos iguales e indistintos. Ni siquiera era capaz de aburrirse. La entrada de luz por las grietas y resquicios de la puerta le permitía percibir la periodicidad de los días y las noches, pero no llevaba la cuenta del paso del tiempo. Tan sólo el lento enflaquecer de su cuerpo, la extraña tersura de su pellejo, semejante a la reseca piel de un tambor, y el ataque de las sabandijas, marcaban el ritmo de su extraña existencia. Supo, o intuyó, que no se estaba pudriendo. Estaba muerto, pero no del todo. Aún estaba a salvo de los devoradores de cadáveres. Pero no de las sabandijas. Los ratones se habían comido sus ojos, pese a lo cual podía ver, y, a través de su mejilla, habían devorado su lengua y parte del paladar. Le mordisqueaban las orejas y roían su ano en busca de sus blandas vísceras, antes de que se resecaran como el exterior. Pero, aunque la sensación era desagradable y dolorosa, Ireneo no podía asegurar que fuera él quien padecía aquel martirio. Parecía más bien que fuera un simple espectador de su propia agonía.

Un día, un momento cualquiera, el antiguo secretario recobró de repente la movilidad de sus miembros. No necesitó que nadie se lo dijera: un nuevo huésped se iba a alojar en ese cuarto maldito. Lo había sabido con total seguridad aun antes de percibir el chirriar de la puerta al abrirse de nuevo. Sus huesos resecos crujieron al unísono ante la perspectiva de hallar sustituto. Los restos de Ireneo aún no estaban en completa actividad. Sólo la llegada de la noche, el paso del mágico umbral de la medianoche, permitiría al espectro de Ireneo tomar plena posesión de las piltrafas de su cuerpo.

El huésped salió de la habitación, igual que hizo el inocente secretario tiempo atrás. El monstruo del armario quiso gritar sin lograrlo. La marcha del sustituto, su posible pérdida, suponía una agonía mucho más dolorosa que la sufrida hasta el momento. Si los restos de Ireneo hubieran gozado aún de un mínimo hálito de vida y hubiera existido un corazón en su pecho, la inquietud lo hubiera hecho latir acelerado.

Por suerte para Ireneo –desgracia para el incauto cliente-, el huésped regresó pronto a su cuarto. Aún no era la medianoche. El monstruo percibió con inquietud los movimientos del sustituto.

Escuchó el ruido que hacía al desvestirse, percibió el perfume de los afeites con que aderezaba su persona. Escuchó el chirriar de la cama y los sonoros ronquidos de su inocente víctima.

Al cabo, lejanas, tañeron las campanas, anunciando la medianoche. Hora de brujas y de espectros. Los huesos del monstruo volvieron a chirriar, movidos esta vez por los magros músculos a los que aún estaban unidos. Lo que una vez fue Ireneo Martínez se agitó en el interior del armario. Alguien había girado la llave en la cerradura y, sin embargo, la puerta que estaba abierta parecía atrancada. Aquello no sería impedimento. Una fuerza sobrehumana aleteaba en aquel cuerpo exangüe. Ireneo abrió la puerta del armario. La bolsa de viaje del visitante era la causa de que la puerta estuviera atrancada.

Al ruido, el sustituto se había despertado. Así era mejor. Llevar a cabo la operación sobre la cama habría sido más desagradable y laborioso para ambos. Aquel sujeto, que vestía camisón blanco con chorreras y gorro de borla, lo observaba desencajado a la débil luz que desprendía la palmatoria que sostenía en su mano izquierda. La derecha sostenía una fusta. Quizá aquel tipo pensó, en un principio, defenderse. Habría servido de poco, caso de intentarlo. Pero ahora lo paralizaba el terror. Su rostro empolvado, su cabeza rala y la peluca blanca colgada del cabecero anunciaban al joven como un pisaverde de buena familia. Quizá el nuevo secretario del alcalde que debía sustituir al que nunca llegó a su destino.

-¡Dios Santo! –acertó a exclamar aquel pobre hombre.

No dijo más. La huesuda mano del monstruo hundió el puñal oxidado en el pecho del sustituto. Con un hábil movimiento que nunca había sido ensayado, el espectro clavó el cuchillo hasta la empuñadura y deslizó la áspera hoja de arriba abajo, desgarrando los huesos de la cavidad torácica. La víctima no gritó. Quizá sintió lo que sucedía hasta que perdió el sentido, como le sucedió tiempo atrás a Ireneo. El monstruo, antes de que el sustituto se desplomara, le puso el pergamino en la mano. Con la mano propia que le había quedado libre y ayudado del cuchillo de la otra, abrió el pecho del mozo y le arrancó el corazón que todavía palpitaba con el último aliento de vida del joven. El monstruo se colocó aquel corazón sangrante en el hueco de su

propio pecho y sintió cómo el calor de la vida se extendía por sus miembros tumefactos. Colocó el puñal oxidado en la otra mano del sustituto y lo dejó tendido sobre el suelo de la habitación.

La liberación estaba un poco más cerca. Aprovechando el velo de oscuridad que proporcionaba la noche, Ireneo salió del cuarto por una ventana y se deslizó sigilosamente por el tejado hasta el patio de la posada. Un caballo relinchó asustado, pero nadie más percibió la presencia de aquel engendro de la noche. Ireneo inició el camino hacia el cementerio del lugar. Nunca había seguido aquel oscuro sendero entre los árboles, pero su instinto no le permitió dudar. A poca distancia de la posada se extendía un espeso bosque de robles donde, por el día, pastaba el ganado. De noche era un desierto silencioso. Ireneo, casi feliz, caminaba, acompañado solamente por el débil latido de su nuevo corazón. Doscientos pasos más allá se veían las blancas paredes encaladas del cementerio. Nadie lo vigilaba. El monstruo no esperaba otra cosa. Sabía qué debía hacer y cuál era su destino. Rodeó la tapia y siguió el sendero bordeado de cipreses que constituía el camino principal y único del cementerio. Al pie de uno de ellos, Ireneo se desvió. Salió de la senda y se encaminó a un túmulo extraño junto al muro lateral. En aquella construcción de piedra que agasajaba a un desconocido personaje de siglos anteriores había una amplia grieta. Ireneo se introdujo en ella. La grieta se cerró, dejándolo en completa oscuridad. No importaba, sus ojos, que ya no eran materiales, no requerían de la luz para orientarse. El espectro se acercó a un enorme bloque de piedra de superficie cóncava. Allí, sobre aquel tálamo infame, lo esperaba un monstruo afortunado: aquel al que Ireneo había sustituido. Lo estaba esperando y el espectro de Ireneo no dudó. Se tendió sobre el otro cadáver, dispuesto a hallar reposo. El otro espectro desapareció a su contacto. De él no quedaron huesos ni cenizas. Su lamentable existencia había tocado a su fin. Un sonoro suspiro de alivio, casi demoníaco en su rotundidad, se elevó al disolverse aquel resto de lo que fue un hombre. El monstruo había encontrado reposo. Su lugar lo ocupaba ahora el cadáver de Ireneo. Cómodo en su nuevo asentamiento, pero sin haber alcanzado todavía la paz. Para que llegase aquel instante glorioso faltaba cumplir un último requisito del pergamino. Su sustituto, el joven cuyo corazón portaba

en su pecho hendido por el cuchillo herrumbroso, debía encontrar a su vez sustituto y encaminarse hasta esa misma piedra, tenderse sobre sus sarmentosos restos y liberarlo de aquella prisión con su contacto salvador. Ojalá tuviera suerte y hallase relevo prontamente.

Entretanto, Ireneo sólo podía hacer una cosa. Cerró sus extraños sentidos a todo lo que le rodeaba. Se abandonó a la placidez de su tumba, se olvidó del corazón de su pecho que, tras cumplir su misión, había vuelto a detenerse, se olvidó de las sabandijas que correteaban su cuerpo, del frío gélido que invadía todos sus miembros y, como una parte más de aquel lugar, como si fuera un componente de la roca que lo sustentaba, se abandonó a la placidez de la muerte, a la espera de que, más pronto que tarde, si es que el tiempo tenía todavía algún sentido para él, le llegase el relevo y sus lamentables restos se desintegraran con un suspiro de alivio y liberación. La paz definitiva, el descanso eterno, debían estar ya cerca.

Juan Luis Monedero Rodrigo

(5.AMOR INTERESADO)
A LA PORTADORA
Usurera del amor,
¡te doy tanto por tan poco!
No se compra ni se vende,
se acapara, se acumula,
por si algún día es valioso.
Por un beso, ¿qué he de darte?
¿Mi equilibrio, mi cordura?
¿Mi serenidad, mi alma?
Aquí extiendo un cheque en blanco,
pon el precio que tú quieras,
abajo ya va firmado,
no tienes que darme nada.

Gigi el Amoroso

¿QUÉ OS HEMOS HECHO?

Supongo que, cuando uno no es nacionalista, ni siente el menor apego por los regionalismos y localismos, no entiende de estas

cosas. Uno va de tolerante por el mundo y supone, equivocadamente, que los demás son seres más o menos racionales. Y, por más que lo intenta, no comprende.

Uno alcanza, todo lo más, a entender que a la gente –a determinada gente- le haga sentirse orgullosa su patria chica. Y que presuma de lo suyo y valore en su justa medida su cultura, su tradición y hasta sus diferencias de carácter. Uno comprende que determinadas personas necesiten una entidad donde acogerse para sentirse alguien. Esa, creo yo, que es la razón de los nacionalismos, igual que de los gremios o de las aficiones del fútbol. No voy a decir que yo sea muy respetuoso con los nacionalismos. En general todos ellos me parecen excusas para el egoísmo más provinciano. Lo mío es mío y ser diferente es razón suficiente para mantenerlo sin compartir. Luego todos ellos se adornan con bonitas ideas románticas –lo siento, pero esto es lo peor que nos dieron los románticos: la pasión por patrias y naciones- para que la tradición nacionalista nos parezca más hermosa.

Los individuos con personalidad no suelen necesitar rebaños en los que insertarse y sus diferencias con el resto de mortales les pueden causar orgullo y satisfacción o ningún sentimiento en absoluto. Les basta con aceptarse y tolerar a los demás. Es mucho pedir que, en un mundo donde hay tanto borrego, los países, esas entidades difusas con las que nos gobernamos, sepan hacer alarde de personalidad. Soy de la opinión de que los pueblos carecen de personalidad. Tienen costumbres, manías, tradiciones, lenguas. Ni se les puede exigir tal personalidad ni falta que les hace. Los rebaños, por principio, no tienen personalidad. Les basta con marcar señas de identidad. Todos los pueblos, países y naciones presumen de tenerlas. Y alardean de ellas. Las muestran al mundo para notar su propia diferencia. No digo que estos nacionalismos, que son la mayoría y todos los compartimos, sean buenos. Sólo tolerables. Nos permiten gobernarnos y satisfacer nuestros particulares egoísmos.

Lo peor es que hay nacionalismos bastante más patéticos –y ya es decir- que estos más o menos tradicionales. Hay varios casos y nosotros, por desgracia, tenemos uno muy próximo. Ahora está de moda llamarlos nacionalismos excluyentes, pero a mí el epíteto no me

parece muy adecuado. ¿Acaso hay algún nacionalismo que no sea excluyente en cierta medida? Todos hacen apología de las virtudes patrias. Yo creo que más bien habría que hablar de nacionalismos cazurros, inseguros, temerosos, o fanáticos.

El caso más próximo a nosotros es el del nacionalismo vasco. Y es a esos vascos nacionalistas y ofendidos a los que me dirijo: ¿qué os hemos hecho?, os pregunto. Porque da la impresión de que, en el fondo, teméis tanto pareceros a nosotros que os causa cierta alergia. Y os consideráis las víctimas de no sé qué opresión histórica de la que nos hacéis responsables. En vuestra boca el simple accidente de haber nacido español se convierte en un crimen. Nos hacéis responsables de vuestra desgracia, sea cuál sea. Y uno, poco informado, casi siente deseos de postrarse a vuestros pies para suplicar vuestro magnánimo perdón por los pecados de sus antepasados que, como el original, pasan de generación en generación, como la marca de Caín. Y algo de cierto hay, porque hermanos debemos de ser, como lo son otros pueblos, si no todos.

En fin, que si uno se informa un poco, resulta que esos vascos tan oprimidos han construido, posiblemente, más tradición hispana que los españoles opresores tradición vasca. No, la vasca se la han hecho los nacionalistas vascos ellos solitos. Y no les han dolido prendas para inventarse alguna que otra parte de su historia, su tradición o su cultura. Pero, claro, la acusación está ahí y uno no puede por menos que sentirse un poco responsable, sin saber cuál es su crimen. Pide perdón, ofrece cuanto puede para calmar al ídolo nacionalista que, cual dios, exige su porción de sangre, y descubre que la nación vasca no se da por satisfecha. Su odio por el maqueto es inconmensurable y definitivo. En cierto modo, parece que le halaga fomentar el odio del españolazo por el bondadoso pueblo vasco a fin de poder justificar su propia ira destructiva.

Al vasco no le importa convertir la tradición verdadera en fantasía mítica a fin de borrar de su memoria el funesto recuerdo de lo hispano, que contamina y mancha. Y el pobre español casi desea poderse volver vasco y acceder así a la gracia que le es negada. Mientras que el vasco –el único existente, bueno por naturaleza, superior, racial, bien distinto a esos patanes que creen posible ser

vasco y español a la vez, blasfemia inaudita pese a haber sido norma durante cinco siglos- hace bien en apartarse del español y en odiarlo por su maléfica esencia.

Uno casi piensa que ser español –supone que como ser francés, catalán o cualquier cosa que no sea vasco- debe de ser algo horrible. Pero, por desgracia, no puede evitarlo. Puede arrepentirse y borrarse continuamente la memoria histórica y el cerebro. Y tratar de difuminar las costumbres. Pero no dejará de ser un miserable español. Uno se siente sucio y desvalido. Se siente pecador y opresor. Aunque no sabe qué ha hecho. No sabe qué les ha hecho y suplica su perdón.

La otra opción que queda es la de blasfemar y decir que la religión vasca es falsa. Que quizá el pecado de los españoles es el de parecerse demasiado a los vascos. Que quizá aquello que no se comparte, como tampoco se comparte entre asturianos y valencianos, o castellanos, entre chinos y eslavos, es riqueza cultural y no motivo de división. Que nada justifica segar vidas o crear odios. Y menos los derechos inventados por fanáticos. Racionalmente esa es la postura correcta, y no por tranquilizadora, sino por razonable. Pero claro, si un españolazo alza la voz en esos términos, demuestra su talante opresor y ha de ser estigmatizado. Quizá merezca la muerte y sus jueces y verdugos se encarguen, con el tiempo, de castigarlo. Entretanto, no está de más que purgue sus pecados y se avergüence por todos sus crímenes, pasados, presentes y futuros, contra el sagrado pueblo vasco, preguntándose tontamente -con la estupidez que sólo da la ignorancia de la Verdad con mayúsculas- qué fue lo que hizo contra los vascos que merece su odio más visceral y el mayor de los desprecios.

Juan Luis Monedero Rodrigo

(6.AMOR RUTINARIO)

BARÉMAME

(REQUISITOS DEL AMOR FUNCIONARIAL)

No sé las condiciones que necesito para conquistarte.
Dime los requisitos que hasta ahora cumplo,
si cumplo parte.

Mis méritos son pocos,
sólo ternura y amor que darte.
Si no te sirven éstos,
pongamos tierra: punto y aparte.
Dime qué son virtudes
para ti.
Di cuáles lastres,
deméritos.
Si debo cambiar lo contingente,
lo haré para enamorarte.
Si no te sirve mi yo,
aquello que soy,
de lo que no tengo, lo siento mucho,
no podré darte.
Si no te sirvo: punto y final.

Gigi el Amoroso

CUANDO ME SIENTO MISERABLE

Tantas veces este corazón ha estado a punto de estallar de pasión, tantas veces me he confesado ser nada ante la amada que hoy me siento aún menos que nada, pues ya no existo. Ella me ignora y sé, con la total seguridad de lo inmutable, que nadie me ama. Si uno sólo existe a través de los demás, yo ya no soy. Acaso nunca fui. Ella me hizo pensar que podría ascender de mi condición de nadie a la divinidad. Los dioses existen y ganan poder sólo por la fe de los mortales, por su amor. Ella no me ama. Lo sé con certeza. Quizá si alguien me creyera, si alguien me amara, volvería a ser… Pero es inútil pensar en imposibles. Ella me ha desterrado de su universo en el que, realmente, nunca estuve. No soy nada pero sigo aquí, ocupando un miserable cuerpo y escribiendo una nota lastimosa. Este no soy yo. Claro está, me digo, pues no soy nada. Quisiera volver a la vida. Que alguien crea en mí, que alguien me quiera. Entonces, cuando vuelva a ser, llamadme:

El temible burlón

(7.AMOR IMPACIENTE)
SIGUIENDO LA FLECHA

Aquí me tienes tocando el arpa
como el imbécil que crees que soy.
Sé que tendría que ir con más calma
pero más lento no puedo ir hoy.
Te quiero ahora,
te quiero luego,
te querré siempre,
¿por qué esperar?
No te descubro ninguna estampa
porque ya sabes a lo que voy.
Quiero que seas mi enamorada.
No pido menos que lo que doy.

Gigi el Amoroso

EL JARDÍN VIRGINAL DEL AMOR

No voy de original. No pretendo descubrir nada nuevo. Lo que cuento es una mixtura de ideas que he leído por ahí. A lo mejor le he añadido cosas de mi cosecha.

Se trata de las flores y el amor. Los románticos y los que no lo son recurren a las flores como signo de amor. Es una convención social. Aceptada por todos. Las convenciones y las tradiciones suelen tener un origen. Muchos imaginan que el uso de las flores como presente de amor surgió de la idea de virginidad y pureza que se les otorgaba a las plantas. Más de esa idea de pureza que de la propia belleza de las flores, aunque esta sea importante.

Los antiguos pensaban que las plantas eran seres asexuales. Las flores eran hermosos regalos de la naturaleza. Bellas, delicadas, pacíficas y buenas –al margen del afilado estilete floral de algún que otro pincho. Las flores representaban todo lo que los hombres de bien esperaban del amor. Particularmente lo que esperaban de las mujeres: que fueran frescas, puras e inocentes como flores. Esto lo pensaban los antiguos y, en cierto modo, ha llegado hasta nosotros. Muchos todavía lo piensan. Y eso que ya en los siglos XVII y XVIII se vio que las flores tenían sexo como los animales. Pero no por ese

pequeño detalle íbamos a dejar las personas de regalarnos flores como símbolo de la pureza del amor.

Bueno, lo cierto es que el detalle no es tan pequeño como se puede suponer. Las flores son, al fin y al cabo, los órganos sexuales de las plantitas y contienen el equivalente de nuestros óvulos y espermatozoides. O sea que si nuestros órganos sexuales han sido vistos desde hace mucho tiempo como cosas sucias e impuras debido a la influencia de la religión cristiana, no parece muy normal que el sexo de las plantas nos parezca puro e inocente. Todo son costumbres, claro está. Pero, echándole un poco de imaginación, resulta que regalar un ramillete variado de flores resulta que viene a ser poco más o menos lo mismo que entregar a la persona amada un montón de penes y vulvas bien ataditos como símbolo de nuestro candoroso amor. Penes y vulvas vegetales, claro está, pero órganos genitales al fin y al cabo. ¡Anda que no nos daría asco ver un montón de colgajitos resecos como presente amoroso!

Así que seguiremos pensando que las flores son símbolo de amor pudoroso, castidad y pureza. Aunque no hay flor más inútil que la casta y pura que muere en un ramillete sin ser fecundada. De acuerdo que la flor es bonita, pero la belleza le dura cuatro días y luego se marchita y se pone chuchurrida. Si la flor cumple su cometido, echa el equivalente a un polvete, y se convierte en un fruto con una o varias semillas. Pero regalar frutas no es símbolo de amor puro ni de amor duradero. En fin, cosas de la tradición. Y, dicho esto, que quede claro que no seré yo el que, en la próxima ocasión, deje de regalar flores como homenaje a una mujer bonita.

Juan Serrano

PAN, CEBOLLA Y UNOS GÜEVOS

Sería un gilipollas si ahora os quisiera hacer creer que soy un romántico. Podría fingirlo y seguro que daría el pego. Pero ya sabéis de sobra que no lo soy ni me mola ese rollo. Así que esto es una crítica a toda la mierda romántica que habéis leído hasta ahora. Si queréis, tomadlo como una declaración de principios. En realidad, es uno de los pocos consejos desinteresados que vais a recibir del menda.

No voy a decir que nunca me he puesto en plan romántico. Lo he hecho pero sólo tratando de camelarme a una pibita. No soy de esos a los que se les cae la baba y empiezan a tocar el arpa ante una tía buena. Y me parece que ese rollo romántico es una mierda que se puso de moda y, por desgracia, no ha dejado de estarlo. Los románticos son unos memos y unos tarados. Y las tías a las que el chichi se les vuelve coca-cola cuando les vienen con ese rollo son unas cursis insoportables. El amor romántico está muy bien para algunas pelis y para las novelas o la prensa del corazón. Los que venden esas ideas y se ganan una pasta son los listos de la historia. Chapó para ellos. Lo demás son gilipolleces, monsergas. Algún tarugo dirá que soy un materialista, cosa que yo ya sé de sobra. Pero el pobre no se dará ni cuenta de la comedura de tarro que lleva encima. Eso de idealizar los sentimientos, de apasionarse por todo, de morir de amor, no son más que chorradas. Tan reales como los enanitos verdes que nos vigilan desde Marte. Aunque supongo que hay gente que necesita creer en algo y le encanta eso de idealizar sus sentimientos. Ahora el tarugo de marras me dirá que no tengo corazón. Los que no tienen cerebro se suelen quejar de la falta de corazón de los demás. Lo malo del asunto no es que una panda de gilipollas se dedique a hacerse pajas mentales mientras cuatro listos se forran a su costa. Lo triste del asunto es que la moda romántica ha llegado a tal punto que enfrenta lo ideal con lo real y decide que debe primarse la ilusión.

Porque si no, ¿a qué viene eso de mezclar el amor con el matrimonio? Lo dicho, cosas de ilusos. La gente no se da cuenta de que el matrimonio es cosa seria. La institución del matrimonio es el pilar de la familia. ¿Qué parezco un carca? Pues sí, y qué pasa. Si tendré yo razón. Los mentecatos del romanticismo llaman bodorrio a aquel matrimonio que no se ha concertado según sus memos ideales amorosos. No saben que ese no es el fin del matrimonio. Si la gente lleva casándose siglos no es por el amor y esas zarandajas. Lo que siempre ha interesado a las personas civilizadas es hacer buenas bodas, es decir, contratos que permitieran mantener o aumentar fortunas, asegurarse una descendencia previo compromiso de fidelidad y pensar en el porvenir de las siguientes generaciones familiares. Ese es el fin del matrimonio: mantener o incrementar los

recursos propios y los de nuestros herederos. Nada de recitar poesías a la luz de la Luna y luego comer pan y cebolla toda la vida. Pan y cebolla, ¡y unos güevos!

Hombre, que todos nos enamoriscamos está claro. Pero el amor nada tiene que ver con un contrato de matrimonio. Yo mismo me he enamorado más de una vez. Bueno, a lo mejor sólo me he encoñado, que no creo que sea muy distinto. No es nada nuevo. Los hombres de hoy y de siempre, ricos y pobres, listos y bobos siempre han buscado un casquete fácil. Muchos creen que se casan sólo para eso. Hombre, está bien eso de ser un picaflor. Aparte de que te lo pasas de puta madre, tradicionalmente muchos tíos de buena familia dejaban así mogollón de hijos fuera del matrimonio. Más de una dinastía de reyes o nobles se ha mantenido gracias a los bastardos y la sangre nueva que se mezclaba con la de rancio abolengo. Lo de tener amantes, aventurillas o lo que cada cual se pueda permitir está bien. Si hay hijos y uno sabe que son suyos, mejor que mejor. Pero no siempre es buena cosa eso de mezclar el amor y la descendencia. Para empezar, puede que la tía se te quede preñada sin tú quererlo. Y ahora no puede uno dejar sin reconocer un hijo. Al final hay que mantenerlo y pierdes la guita, que es lo que se pretende conservar. Al menos de ese modo tampoco te pueden hacer colar por tuyo un churumbel de otro tío con el que se lo monta la "inocente" amante. En fin, que ahora las tías dirán que soy un machista. Y es verdad. Pero nuevamente tengo razón. Tradicionalmente los tíos han sido siempre unos cabrones buscando meterla donde fuera y a las tías lo que les interesaba era enganchar a uno para que las mantuviera toda la vida. Eso de quedarse solterona era muy jodido. Y soltera y madre en la vida mucho peor. Pues así, de la conjunción de ambas necesidades, la de follisqueo masculino y seguridad femenina, surgió el rollo este del matrimonio. Ya que el tío consiente en hacerse "fiel" a cambio de unos hijos tiene perfecto derecho a asegurarse de que la descendencia es suya. Así que la idea de la castidad femenina como una gran virtud tiene su razón de ser, por más que ahora parezca mal visto. A nadie le gustan las tías estrechas para echarse un polvete, pero a los tíos les gusta que su mujer sea una "santa", como se suele decir refiriéndose a la parienta. Que el tío sea un pichabrava es menos problemático. Las

tías siempre saben si un hijo es suyo. Los tíos lo tienen más difícil. Y si una tía se deja engatusar, pues peor para ella. ¿O no?

Lo malo es que cada vez hay más tías de esas que abren los ojos y se llaman feministas o progres y amargan la vida a los tíos como yo que quieren pasárselo bien. En realidad tampoco es una novedad. Siempre ha habido tías que sabían que tenían el poder entre las piernas. Lo único que varía es el uso de ese poder: abrirse de patas ante el tío al que se quiere pescar o cerrarse ante quien sea sólo para fastidiar. De poder, de dinero, de protección, de seguridad, de sexo, de hijos, de intereses mutuos y de las familias, de todo eso va el matrimonio. Pero no de amor y romanticismo. Los matrimonios buenos, los de verdad, son los de toda la vida: los matrimonios de conveniencia que ahora están tan mal vistos por casi todo el mundo. No se dan cuenta los gilipollas románticos de cuanta razón tenía aquel refrán: donde tengas la olla no metas la polla. Pues eso. Que las chorradas amorosas os las dejo a los románticos. Lo mío son los braguetazos en toda regla. Ahora que si la incauta que caiga es una mema romántica que se lo hace patas abajo cada vez que me vea, mejor que mejor. Si hay dinero y poder por el medio, prefiero ser yo quien tenga la sartén por el mango y para eso sí que sirve el amor: para controlar a tu víctima.

Pues nada más. ¡Hala! Seguid mis consejos y, si no, que os den mucho.

Sergi Lipodias

NOSTALGIA DEL ROMÁNTICO

Recuerda el pasado y tal vez siente nostalgia del romántico. Quizá todavía se identifica con él en muchas ocasiones. Pero ya no es el mismo. Los años y alguna desilusión lo han cambiado. Pero no han eliminado el recuerdo del chaval que se confesaba apasionado y se irritaba cuando otros se identificaban como románticos sin saber qué era lo que decían o cuando, sin sentido, se hablaba en torno suyo de falso romanticismo.

¿Por qué nostalgia del romántico? Porque quiere recuperar el vitalismo. Esa ansia de vivirlo todo, de verlo todo, de serlo todo. Esa inmensa alegría de ser en este mundo y de contemplarlo todo con el

misterio de la novedad y la pasión del que se juega la vida aunque sabe que la puede perder. Y no es que no le importe. Al contrario. Conoce claramente su valor. De hecho no hay nada más valioso para él. Pero necesita comprobar que está vivo. Comprobar que en todo lo vivo alienta un espíritu casi mágico. Que en su propio pecho hay algo más que un corazón que late. Que su cabeza no es sólo un cerebro. Que en la vida se mezclan lo divino y lo humano. Que misterio es algo más que una palabra. Necesita saber que la vida no es sólo rutina y normalidad. Quiere creer que en todo lo vivo hay un hálito divino y extraño. Que el mundo es más que lo que parece. Y quiere sentir que en su pecho anida la pasión. Que es capaz del amor más salvaje y animal, y del más espiritual y pudoroso. Que es capaz de albergar valor y deseo. Que en él anida el miedo y que el miedo le hace sentir vivo. Quiere buscar y buscar, aunque no siempre encuentre. Necesita sentir que la vida es más que un sendero tranquilo por el que desplazarse. Necesita sentirse vivo a cada momento y que cada instante sea una sorpresa y una emoción. Devora el mundo con cada sentido y encuentra placer o, cuando menos, consuelo, en cada sensación que lo invade.

Es joven y desea cambiar el mundo. Captar su magia y mostrársela a todos. Captar su horror, su hermosura, su oscuridad, su luz. Su espíritu. Quiere cambiar el mundo de sus mayores y dejarse cambiar por un mundo que es una vorágine de experiencias e impresiones. Un mundo que cada día es nuevo y sorprendente. Capaz de enamorarlo en todos sus detalles: sea una mujer, una flor, el cielo estrellado o una gruta tenebrosa. Incluso el fragor de la batalla. Quiere.

Y aunque intuye que la triste realidad llama a su puerta y quiere absorberlo, él se niega a retroceder y renunciar. El mundo se empeña en perder sus misterios. La vida su ímpetu. Su corazón la pasión. La existencia se vuelve tranquila y predecible. La luz de la razón lo ilumina todo con su halo desmitificador. Y él mismo ya no se siente igual. La razón y la sensatez lo embotan. Ya no le atrae tanto lo desconocido y empieza a valorar la comodidad y la dulzura que se esconden tras los sentimientos comedidos. Se deja arrastrar hasta esta realidad triste y gris, carente de la pasión por la vida que

siempre había sentido. Se está perdiendo a sí mismo, pero todavía queda una esperanza. ¡Aún siente nostalgia del romántico! El romántico todavía habita en sus sueños y en sus más inconfesados deseos. El romántico todavía lucha por salir a la superficie. Y es posible que, de vez en cuando, su pecho aún se llene de pasión cuando el romántico sea capaz de volver a la vida ante un estímulo suficiente.

¡Nostalgia del romántico! Los corazones apasionados nunca mueren del todo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

(8.AMOR CÓMODO)

COMO UN MUCHACHO

Por ti quisiera ser en todo bueno.
Ser guapo, inteligente, en nada necio.
Si pienso en ti y comparo tus virtudes con las mías
no soy nada y por miedo a no tenerte desespero,
seguro de no ser tu mejor compañía.
Entonces me descubres, sin pedirlo, tu sonrisa
y siento, sin quererlo, miedo de mi alegría.
Como un niño me escondo, muy dentro de mí mismo.
Me digo que no es cierto, que ese sencillo afecto es de mentira,
que lo lanzaste al aire y fue por mis pupilas recibido.
Mas no soy convincente ni creo mis razones.
Me invento, como siempre, palabras que adormecen corazones.
Me digo, ¿convencido?, que tú no me convienes,
que estaba muy tranquilo sin sufrir mal de amores
y que es paz, no pasiones, lo que el corazón quiere.
Para qué complicarme con un nuevo deseo,
llenarme de inquietudes si es calma lo que anhelo.
Si a todo le añadimos que tu amor no es seguro,
que el interés que intuyo es como poco incierto,
que para ti yo puedo ser lo último en el mundo,
pierde todo sentido que pierda la cabeza.
Mejor pensar en frío, mantener la entereza.

Que la mente analice qué es lo más adecuado.
Que la calma domine, que venza la pereza,
que el loco sentimiento me traiga sin cuidado.
Ya casi me lo creo, ya te he dejado aparte.
Ya me siento tranquilo, fue fácil ignorarte.
Pero todos los planes mueren cuando te veo.
Poca fuerza ha tenido la intención de olvidarte.
Mi corazón se rinde, confieso mi deseo.

Gigi el Amoroso

ODA AL REGALO DE BODA

¿Qué puede haber más romántico que una boda? ¿Nada? Mentira, de romántico no tiene nada, todo es economía, sobre todo cuando se les pregunta a los novios qué quieren de regalo. Los novios se miran enamoradamente a los ojos y te contestan: "dinero". Y todos los invitados a la boda ponen el económico regalo en un sobrecito y lo entregan a los novios el día de la boda. ¿Y qué les queda de recuerdo? Nada, porque el dinero no tiene nombre y se gasta en mil y un "agujeros" y "necesidades". Pues bien, en una de esas ocasiones, en la que unos amigos nuestros se casaban, decidimos hacerles un regalo barato pero emotivo para que les quedara un recuerdo, aparte del sobre, claro. Escribimos un poema conmemorativo en recuerdo del acontecimiento, lo reescribimos en una hoja imitando pergamino con letra medieval y se lo regalamos junto con una rosa natural.

El poema decía así:

"Oda al regalo de boda"
Aunque pobres en rigor,
con cariño y emoción,
os damos esta fortuna,
ganada con galanura,
trabajo y economía,
picardía y gran sudor.
Espero que al menos sirva
para pagaros el IVA
con el ágape o comida,
siempre en buena compañía

y llenos de buen humor.
Poco sobra de lo dado
pero si es utilizado
y a otros restos añadido,
puede ser muy bienvenido,
por los novios bendecido
y será bien empleado.
Ana y Javier os desean
una muy, muy feliz boda,
luna de miel deliciosa
y una vida conyugal
próspera y maravillosa,
llena de "luz" y color,
alegría, amistad y amor.
Y ya sólo quedaría
que os toque "la primitiva".
Deseándoos lo mejor
en salud, euros y amor,
ahí va nuestra despedida
con un beso y una flor
hasta pronto, ¡sí señor!

17 de Mayo del Año de Gracia de 2001

Tan orgullosos estábamos del poema que pensamos incluso en enmarcarlo para que lo pudiesen colgar en el pasillo de su nueva casa, aunque fuera en un rincón poco visible. Pero el pergamino desapareció y no en algún rincón de su casa sino que directamente pasó a engrosar las toneladas de basura de algún vertedero. Mi curiosidad por conocer las causas por las que dicho regalo había sido relegado a un final tan triste me llevó a investigar: ¿Podrían haberlo condenado por considerarlo grosero, caricaturesco, anticuado…? Cursi. ¿Cursi? Sí, amigos, la consideraban "cursi" porque parecía excesivamente romántica y les ponía colorados no ya colgarla en el pasillo sino tan sólo leerla. ¡Qué pena! Y yo que pensaba que hasta era graciosa.

A partir de esa ocasión decidimos que el único recuerdo que nos permitiríamos dejar serían nuestras firmas en el reverso del

sobre. Nos ahorrábamos trabajo y meteduras de pata. En fin, "no está hecha la miel para la boca del asno".

Inma Rodrigo

LA BIBLIOTECA

Estudiar es siempre una tarea aburrida. Tanto más cuando la rutina la vuelve más soportable. El hábito, más que el deseo o la razón, es el que permite a muchos jóvenes permanecer sentados durante horas leyendo libros densos y monótonos.

Miguel era uno de esos jóvenes estudiantes que acudía cada jornada a la biblioteca pública, cargado con algunos libros propios y los apuntes de la oposición, convencido de que el esfuerzo ajeno y el silencio lo motivarían lo suficiente como para meterse entre pecho y espalda aquellos horribles textos legales. Considerando su natural tendencia a divagar y la facilidad con que lo distraían los movimientos y las voces ajenas, hay que considerar que su empeño resultaba relativamente exitoso. Aunque, todo hay que decirlo, no todo el tiempo en la biblioteca era de estudio. De vez en cuando ojeaba libros, periódicos y revistas de más interés que los suyos. Solía alternar el estudio con breves paseos y la lectura de alguna novela. De otro modo no podría soportar la rutina del estudio. A veces también observaba a sus vecinos de mesa, particularmente a una joven que, como él, acudía a la biblioteca todos los días. La curiosidad de Miguel no había sido tanta como para tratar de enterarse si la chica iba allí a estudiar o simplemente a pasar el rato con lecturas intrascendentes.

Lo que sí tenía claro era que aquella joven era preciosa. Quizá al principio no se lo pareció, pero el contacto diario, aunque sólo sea meramente visual, adornando la percepción con la imaginación, y la propia sensibilidad capaz de interpretar los gestos y maneras de la joven, le había ido convenciendo de que las gracias de aquella chica eran muchas. Unas visibles y otras, la mayoría a su modo de verla, sólo intuidas a través de la repetida observación. Miguel sabía que a aquella chica sólo le unía una simpatía indeterminada. Suponía que lo más probable era que nunca se dirigieran la palabra. De hecho, no estaba seguro de querer dirigirle la palabra. Sabía,

asimismo, que aquella presencia, más que ninguna otra en la biblioteca, era una fuente constante de distracción. Pero era la forma más agradable de perder el tiempo y desconectar de sus monótonos textos legales. Quizá la presencia de aquella joven era en sí misma un acicate para acudir a la biblioteca a estudiar y una saludable excusa para desconectar de vez en cuando y conseguir que la cabeza no le estallase y los ánimos se mantuvieran firmes de cara a la próxima convocatoria.

Ella se había fijado en él. De ello no le cabía a Miguel la menor duda. Tampoco eso significaba gran cosa. A fuerza de ser observada de modo furtivo por el vecino de mesa, era lógico que ella se hubiera dado cuenta de su presencia y, sin duda, sería capaz de reconocerlo como alguien familiar y situarlo si le enseñasen su foto. Pero el mero reconocimiento no significaba nada más. Un cruce de miradas, una sonrisa en los ojos de Miguel que rara vez era respondida por la mirada de la joven, que solía dedicarle sus simulacros de ignorancia. El reconocimiento era así menos incómodo aunque, para Miguel, podía resultar doloroso participar en un juego de miradas en el que estaba convencido de ser el único participante. Un mirón pesado y desconocido.

No obstante, las miradas no debían de serle tan incómodas como Miguel pensaba. La simple ignorancia no indica ningún tipo de animadversión. Es el modo más cómodo de convivir con extraños. Miguel, en el fondo, sabía que a ella no le parecía un pesado sino, tan sólo, un simple compañero de lecturas. ¡Quién sabe! Quizá también ella preparaba una oposición o cualquier tipo de examen y se sentía confortada al comprobar que otros empleaban su tiempo de un modo tan triste como ella. Si no, ¿por qué se solía colocar en la mesa de enfrente de la suya? Es cierto que esas mesas eran las mejor iluminadas. Y también podía suceder que la joven se sentara cerca de los libros de consulta a los que más acudía. Igual que él mismo se ponía junto a los diccionarios y códigos de leyes. Aunque Miguel prefería imaginar que la joven se sentaba siempre allí para sentir su proximidad. En el fondo, Miguel sabía que eso sería lo que él mismo estaría dispuesto a hacer si la chica se colocaba en otro sitio. Al menos eso se decía a sí mismo, que él cambiaría de lugar para poderla

seguir viendo. Pero, en el fondo, se sabía lo bastante tímido como para no plantarse enfrente de ella tras desplazarse al otro extremo de la sala. Le parecía aquel un gesto demasiado explícito como para ser capaz de asumirlo sin ruborizarse ante la bella joven.

Por suerte, según veía la situación, la chica se colocaba día tras día en la mesa de enfrente y podía dedicarle alguna que otra mirada, sonreírla con los ojos y hasta con la boca y, en alguna que otra ocasión, podía disfrutar de un simple cruce de miradas que le hacía sentirse vivo pese a las monótonas horas de estudio, pese a que esas miradas que lo sacaban momentáneamente de la tranquilidad y la rutina lo distraían hasta el punto de olvidarse del párrafo que estaba leyendo. Con tan poco se conformaba nuestro Miguel para soportar la soledad y la monotonía del estudio.

Uno no es siempre muy consciente del porqué de esas extrañas afinidades que siente por determinados desconocidos. No es necesario que exista una atracción sexual explícita. Ni siquiera es necesario para que brote esa simpatía que la otra persona sea del otro sexo. A veces, basta un gesto, una manera de moverse o una pose para que nuestros ojos perciban algo especial o nuestro cerebro adorne la percepción con todo tipo de colores. En muchos casos, esa afinidad intuida es tan sólo un espejismo y, si existe la supuesta afinidad, sólo se manifiesta en un sentido mientras que el objeto de nuestra atención permanece impasible ante nuestro imaginario acercamiento emocional. En otros casos, y esto hace a los románticos pensar en un milagro o en el dudoso destino, la afinidad es recíproca. Casualidad o no, este hecho, tan inesperado como fascinante, se había producido entre nuestro Miguel y su inconsciente objeto de deseo. Miguel, evidentemente, no lo sabía. O quizá lo intuía pero se negaba tal posibilidad. No estaba, desde luego, dispuesto a afrontar lo que él consideraba el ridículo de acercarse a la joven y dirigirle la palabra. Prefería conformarse con su inocente e indoloro juego de miradas y complicidades imaginarias. Es triste prerrogativa de románticos, tímidos e idealistas la de conformarse con amores platónicos tan vacíos de contenido como llenos de fantasía e ilusión. Correspondiendo Miguel por igual a las tres categorías mencionadas, habría sido un milagro mayor que el de la complicidad intuida que se

hubiera decidido a convertir esa relación visual y gestual en concreta y real.

El caso es que la joven, de nombre Patricia, estudiante de Derecho, acostumbrada a preparar sus trabajos y a estudiar en la biblioteca, donde buscaba el apoyo solidario del tesón ajeno con que compensar su escasa voluntad para centrar su atención en las lecturas, también había encontrado una agradable distracción al monótono estudio en la observación de aquel joven que siempre se sentaba a estudiar en el mismo sitio, casi enfrente de ella.

Comparado con el monótono Código Penal, aquel joven resultaba una imagen mucho más agradable y sugerente. La imaginación es gratuita y Patricia tenía una especial capacidad para la ensoñación. Le resultaba más fácil imaginar una vida ajena o una imposible conversación con un desconocido que memorizar uno de aquellos insufribles artículos. De vez en cuando, se quedaba mirando hacia un lugar indeterminado con la cabeza llena de ridículas ideas hasta que su voluble fuerza de voluntad adquiría una falsa imagen de constancia para obligarse a volver a su estudio. Se sentía incapaz de estudiar aquel bodrio. De hecho, le parecía increíble estar estudiando Derecho y haber llegado al último curso de la licenciatura cuando estaba convencida de no haber aprendido nada en los años anteriores y de no recordar nada en absoluto caso de haberlo memorizado. Realmente, en esos momentos de desánimo creía odiar todas y cada una de las leyes por las que se regía el Estado Español. En esos instantes lo mejor era dejar volar nuevamente la imaginación, alzar la vista y espiar algún gesto del chico que estudiaba frente a ella. Realmente, el chico parecía encantador. Y estaba claro que la miraba con interés, aunque luego apartase la vista de repente, ruborizado hasta las orejas, por más que quisiera disimularlo. Aquella timidez, que ella misma compartía, le hacía mucha gracia a Patricia vista en otra persona. En cierto modo, ir a la biblioteca a estudiar –o a no estudiar- Derecho, no había sido tan mala idea. Los estudios no le cundían, pero haber conocido a aquel chico tan interesante y poderlo ver todos los días era bastante más agradable que los textos legales. Y su imaginación, captada por aquel chico, volaba libremente durante

horas, aunque sus ojos permanecieran aparentemente fijos en las insulsas páginas del Código.

Por desgracia para ambos, Patricia era tan retraída como Miguel, y más romántica y soñadora aún, si es que cabe tal posibilidad. Con lo cual, su platónica relación tenía visos de permanecer de forma indefinida en el limbo de lo que fue posible. Aquello no tenía por qué ser malo en sí mismo. Hay tantos sueños que se convierten en dolorosas realidades cuando descienden al mundo de lo tangible que, en ocasiones, no es del todo desagradable conservar la belleza de lo irreal.

Miguel y Patricia nunca habían entablado el menor asomo de relación ni habían intentado el más mínimo acercamiento. Y no, precisamente, porque no se les hubieran presentado ocasiones para ello. Ocasiones que, en su lugar, cualquier persona con más empuje y costumbre habría aprovechado sin dudarlo.

Como aquella vez, varios meses atrás, cuando Miguel comenzaba a ir a la biblioteca a estudiar. Tan ensimismado caminaba un día por uno de los pasillos, dispuesto a devolver un volumen a su estante, que no se dio cuenta de que se cruzaba con Patricia -cosa rara cuando ya le había echado el ojo- y se chocaron, casi como en las películas. No se cayó ningún libro, pero la chica dio un traspié y a punto estuvo de caerse. Miguel, torpón y confundido, sólo acertó a murmurar una disculpa y alejarse antes de que el rubor acudiera a su tonto rostro. Podía haberla ayudado a mantenerse en pie, aprovechando la ocasión para tocar su brazo o su espalda en un gesto de inocua intimidad. Podía haberse disculpado con mayor énfasis y haber hablado lo suficiente como para iniciar una conversación. Presumir de torpeza o despiste, mirarla a los ojos, comentar en voz alta la coincidencia allí día tras día, haciendo explícito el contacto que ambos habían establecido a través de sus furtivas miradas de reconocimiento. Podía haberse presentado, haberla invitado, en compensación por la torpeza, a tomar algo y charlar, usando el accidente como perfecta excusa para establecer contacto. Alguien más avispado que Miguel incluso habría simulado el tropezón. Aunque ese alguien, probablemente, ni tan siquiera habría necesitado tan baladí excusa.

El caso es que Miguel, una vez retornó a su asiento, se sintió un perfecto estúpido. Todas las ideas que le habrían sido útiles para quedarse junto a aquella preciosa joven en el momento del accidente le vinieron a la cabeza justo un minuto demasiado tarde. Estuvo tentado, incluso, de levantarse y acercarse al lugar de la joven para invitarla a tomar algo y charlar con ella. ¡Quizá no se le iba a presentar una ocasión tan buena como aquella! Pero era un idiota, mil veces idiota. Y si tenía otra ocasión estaba seguro de fastidiarla. Buscando valor para animarse a salvar la distancia que él imaginaba entre ambos, alzó la vista hacia el lugar de Patricia y vio a la chica tan ensimismada en sus estudios que la poca moral que había juntado para dar el gran paso se le vino toda abajo de repente. Luego, tratando de racionalizar el asunto, Miguel se dijo que aquello era lo mejor. Que buena gana tenía él de ponerse en ridículo. Que lo que le interesaba era la oposición y no esas tontas veleidades románticas. No es necesario remarcar lo estúpido que resulta tratar de razonar los asuntos del corazón.

Así que Miguel se quedó en su sitio. Se fingió tranquilo y conforme con la situación. Se obligó a no mirar a la chica. Se convenció de que aquella ignorancia era lo mejor que podía desear y se obligó a prestar una atención inusual a sus apuntes. Con el obvio aunque no esperado resultado de que no se enteró de nada de lo que estudió aquella mañana.

Después de esto, Miguel queda como un tonto. Como todo el mundo es tonto en este sentido alguna vez en su vida. Y es que otro tanto podría decirse referido a Patricia. Ella, que no se fijaba tampoco al caminar, tropezó, estuvo a punto de caerse y de soltar un improperio. Pero entonces se dio cuenta de que se había chocado con el chico interesante de la mesa de enfrente. Y se quedó muda. No fue capaz ni de aceptar las disculpas del chico. También ella se volvió corriendo a su sitio, convencida de que sus mejillas arreboladas iban a descubrir su mojigatería ante los ojos del joven. Patricia se sentó ante sus apuntes y, aunque estaba insensatamente convencida de que los ojos de su Romeo estaban posados fijamente en ella, no se atrevió a alzar la vista a su encuentro y se quedó mirando su libro con completa atención, sin leer nada, sin comprender, acompañada

solamente por el estúpido repiqueteo de su corazón y la voz interior de su conciencia, más sensata que ella misma, que le recordaba una y otra vez lo imbécil que era. La situación le parecía muy romántica. Era la situación soñada. Pero, del mismo modo que Miguel, Patricia esgrimía ante la loca atracción por aquel desconocido los sólidos argumentos de la razón y la sensatez que le decían que lo más correcto era conservar entre ellos aquella cómoda distancia que los separaba y los unía.

No fue esta la única ocasión que se les iba a presentar a los dos tortolitos. Al margen de la oportunidad perpetua que significaban sus continuas visitas a la biblioteca y sus lugares fijos el uno enfrente del otro, aunque en mesas distintas, hubo otras veces en que se dieron casi de morros o tuvieron perfectas excusas con las que acercarse. Pero, en fin, los dos pánfilos se mantuvieron en su mutismo habitual y no se atrevieron a dar un solo paso para llevar al mundo real el de sus ensoñaciones amorosas compartidas pero cuya reciprocidad era desconocida para ambos. Quizá, como tantos otros, habían llegado al punto en que lo platónico es lo único apetecido. Aquella pseudorrelación más imaginada que vivida suponía una distracción inocente y sugestiva con la que escapar a la monotonía de las horas de estudio. Quizá ellos mismos se convencían de que aquella era la situación mejor. Pero cuando el corazón, desde el principio, se ha rebelado contra el mandato de la razón, poco tienen que hacer los argumentos frente al poderoso deseo. Llega el momento en que hasta el más indolente y temeroso se ve arrastrado por el deseo a cometer alguna imprudencia, temeridad o locura.

No fue, en principio, el caso de los dos estudiantes. Varios meses los contemplaron con su juego de encuentros y desencuentros. Simulando no conocerse y prestarse una atención casual cuando era continua y atenta. Alguna vez, cuando el otro faltaba a la cita habitual, o cuando llegaba más tarde, la sensación de pérdida llegaba a ser dolorosa. Aunque no por eso se asumía como tal. Ni les movía a cambiar su actitud.

No dieron un paso adelante cuando, como en otra escena típica de películas, se encontraron a ambos lados de una estantería contemplándose con fijeza y rubor a través del hueco dejado

involuntariamente entre los volúmenes extraídos. Ni tampoco aquel día en que a ella no le escribía el bolígrafo y él, dándose cuenta, se pasó dos eternos minutos decidiendo si le ofrecía o no uno suyo, tiempo más que suficiente para que Patricia sacara otro boli de su bolso. O cuando la bibliotecaria resbaló y se quedó patas arriba protestando con su voz de grajo por el accidente. Al unísono, los dos se pusieron en pie y acudieron presurosos a ayudar a aquella mujer que tantas veces los había gruñido. Uno por cada lado, la ayudaron a levantarse. Pero no se les ocurrió comentarse nada, ni reírse juntos de la graciosa escena. No. Se miraron un instante con cara de bobos y se volvió cada cual a su lugar. O cuando aquel día, ya atardeciendo, se fue la luz y tuvieron que interrumpir el estudio y nada habría sido más natural que ponerse a charlar entre ellos. O la vez en que Patricia dudó si debía acercarse a Miguel para pedirle el libro que ella necesitaba y que el otro tenía sobre su mesa pero no lo estaba utilizando. O la ocasión en que Patricia ojeaba una novela que Miguel había leído la semana anterior. Nada más fácil que comentarle el detalle –aun sin saber que ella la había escogido precisamente por haber estado en manos de Miguel- y preguntarle si le gustaba. No tiene mucho sentido seguir describiendo estas posibilidades desaprovechadas. Ambos se convencían de que preferían así la situación, sin confesarse que, en cierto sentido, lo que les asustaba era el desencanto de la realidad.

Quizá, después de todo, lo que sucede es que tras la monotonía es difícil encontrar la verdadera pasión del romántico. Y como la repetición trae la costumbre, los dos jóvenes, Miguel y Patricia, se habían acostumbrado a su inocente juego de miradas y simpatía inconfesada. La biblioteca era la rutina y la rutina significaba la infranqueable distancia. Quizá por eso todo cambió aquel otro día en que ninguno de los dos esperaba ninguna novedad en su vida.

A Miguel todavía no se le habían pasado los nervios. Volvía a casa después de hacer el primer examen de la prueba de oposición. Tenía la sensación de haberlo hecho bien. Aunque aquello no significaba gran cosa. Seguro que muchos otros también se sentían satisfechos del resultado. Las notas, cuando salieran, dejarían a cada

cual en su sitio. Al menos, siempre era mejor esa sensación que la convicción del fracaso seguro. Miguel buscaba dentro de sí la calma, pero no podía evitar que la adrenalina segregada horas antes lo siguiera atormentando y lo moviera a una imposible actividad. Hacía una hora que terminó el examen y todavía tenía la impresión de que le faltaba algo, como si el día fuera incompleto. Esa sensación se produce siempre después del estrés acumulado y casi nunca va acompañada, realmente, de un hecho ulterior que justifique la ansiedad. Pero, en esta ocasión, si llegó el "algo" que se echaba en falta.

Miguel estaba de pie, al fondo del autobús, mirando por la ventana. El autobús se detuvo y subieron varias personas. Casi por reflejo, Miguel volvió la vista hacia los que entraban. Siempre cabía la posibilidad de que alguno fuera un conocido con quien charlar. Y bueno, conocida sí que había una persona. Se trataba de Patricia, que iba a hacer unas compras. Miguel, antes que deseos de ponerse a charlar, sintió que el corazón se le ponía a palpitar con más fuerza que ante el examen. Ella no se fijó si había alguien en el autobús. Se quedó en el centro, agarrada a una barra, pensando en las compras que quería realizar.

Miguel iba solo. Patricia estaba igualmente sola y, aunque nunca antes en esa situación el diálogo mutuo había sido una solución a sus respectivas soledades, en esta ocasión Miguel, como si tuviera un resorte, empezó a caminar, sin pensarlo, hacia el lugar que ocupaba Patricia. Quizá se trataba de la adrenalina liberada horas antes, o tal vez era que Miguel veía aquella como una última oportunidad o, simplemente, actuaba sin pensar, movido por un impulso irrefrenable. Más probablemente, Miguel encontró ánimo en la novedad de la situación. Tras meses de inactividad en la biblioteca, de miradas sin objeto aparente, ahora veía a aquella hermosa joven en otro lugar, en un lugar inesperado. Aquel encuentro era el único ajeno a su rutina inamovible. Miguel, nada más verla, decidió que se iba junto a ella a saludarla, así, sin pensar.

-¡Hola! –le dijo, con la mayor sencillez.

-Hoy no has ido a la biblioteca –replicó ella, tras el instante de duda que le supuso reponerse a la sorpresa.

Quizá habría sido más lógico preguntarle, hipócritamente, si se conocían. O hacerse la ofendida, o la ruborizada. Pero le brotó de los labios aquella respuesta tan natural. Aquel sencillo intercambio de frases significaba una rotura de hielo, un reconocerse y afirmar su complicidad intuida aunque no expresada nunca antes con palabras.

-Es curioso –añadió Miguel en el colmo de la sinceridad-. Nos vemos todos los días y creo que es la primera vez que te saludo.

-Es verdad. Yo tampoco te he saludado: ¡Hola! –añadió Patricia subsanando el error.

-¿Te llamas?

-Patricia, ¿y tú?

-Miguel.

-Encantado/a. –un par de besitos: ¡mua, mua!

Había sido tan fácil. Resultaba ridículo no haberse hablado antes. Aunque quizá en la biblioteca no se lo parecía tanto. Se preguntaron, ¡cómo no!, por qué iban tanto a la biblioteca. Se preguntaban a sí mismos por qué no se pusieron antes a hablar. No se atrevieron a preguntarse si su atracción era mutua. Por el momento era más fácil quedarse en los lugares comunes: ¿de dónde vienes?, ¿adónde vas?, ¿a qué te dedicas?, ¿nos sentamos?, ¿qué tal ese examen?

-Es mi parada –anunció Patricia.

-Me queda cerca. ¿Te importa si te acompaño? –disimulando el rubor.

-No, en absoluto –tratando de ocultar una sonrisa de oreja a oreja.

Compras hubo pocas. Conversación mucha. ¡Y pensar que hasta entonces parecían mudos! Se pusieron a tomar algo y así, a lo tonto, se les hizo la hora de comer. Tarde, incluso, para Miguel que, no obstante, se empeñó en acompañar a su vieja/nueva amiga.

-¿Vas a ir esta tarde a la biblio? -pregunta Miguel, aunque, en realidad, quería pregunta otra cosa.

-Sí, ¿y tú? –es lo más próximo a una cita que Patricia se atreve a sugerir.

-No, hoy no. Después del examen… En realidad pensaba ir al cine… Oye, ¿por qué no te vienes? –en un último e inesperado alarde de valor.

Patricia hace como que duda, pero no se atreve a posponer otro encuentro para la biblioteca donde nunca se han hablado:

-¡Vale, por qué no! –y no pregunta la peli. Miguel tampoco la había pensado.

-¿Quedamos aquí a las cinco?

-¿Tan pronto?

-Bueno, así no hay problema con las entradas y nos da tiempo a tomar algo.

-Vale, a las cinco.

-Hasta luego. ¡mua, mua!

Y los dos, como tontos, se separan hasta dentro de un par de horas. Según se alejan, miran de tanto en tanto hacia atrás, como si temieran que aquello no fuera del todo real.

La inmensa alegría de Miguel sirvió para compensar la sensación de haber sido un completo imbécil durante meses. Tampoco le importó tener que comer deprisa y corriendo. Afortunado él, pese a todo, porque Patricia, tan boba era, se había vuelto a casa sin comprarse el libro qué quería y apenas pudo comer. ¡Es bonito el amor! Sobre todo cuando empieza.

Al cabo, se puede decir que la historia terminó bien. Miguel aprobó la oposición. Ella aún sigue estudiando. Y, bueno, con respecto a la otra historia, vale decir que, por fortuna, todavía no ha terminado.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA DERROTA

Me sentí mareada y noté como la temperatura de mi cuerpo descendía vertiginosamente a pesar de que el agua estaba templada. Me había alejado demasiado de la orilla y las olas me mecían a su antojo haciendo que mis esfuerzos por avanzar hacia la playa fueran inútiles. Intenté tranquilizarme. Estaba lejos, pero sabía que no eran más de quinientos los metros que me separaban de ti y yo era una nadadora experta que impartía cursos de natación durante los

veranos y podía nadar dos mil metros seguidos sosegadamente. Era consciente de que no podía dejarme llevar por el pánico. La clave estaba, yo lo sabía bien, en respirar rítmica y relajadamente y en no tragar agua. Me limité a moverme para entrar en calor y desentumecer los músculos. Los sentía abotargados, rebeldes y tensos. Se resistían a obedecer mis reiteradas órdenes como una tropa de marineros amotinados que se sublevan contra el capitán y deciden no acatar instrucciones ni siquiera en situación de naufragio. Dirigí mi vista hacia la orilla y sólo pude divisar un punto oscuro sobre la ingravidez de la arena que se fue difuminando cada vez más hasta convertirse en una mancha grisácea e inconexa que se movía como un péndulo de izquierda a derecha. Cerré los ojos y extendí todo mi cuerpo boca arriba sobre la superficie dejándome columpiar por unas olas que, en apenas unos segundos, se transformaron en trombas de agua blancoamarillenta, viscosas, espesas, densas. Pude ver como desde el horizonte una costra blanquecina avanzaba decidida y rápida mutando por completo el color de aquel mar azul hasta convertirlo en un extenso desierto de escarcha blanca y helada que aprisionó mis brazos y piernas impidiéndome mover. Los dedos de mis manos, como un último intento de supervivencia, removían pequeñas esquirlas de agua helada como las hélices de un rompehielos. Un movimiento circular inundó mi mente y me trasladó hasta la cálida arena junto a tu cuerpo sudoroso y pálido, ese cuerpo cuyas formas yo ya no recordaba. Sentí que mi temperatura corporal subía por momentos. Pero aquella sensación de calidez se esfumó cuando el cerco de agua helada rodeó mi cuello y congeló mis ingles.

Mis pies estaban templados, mis muslos fríos, mis ingles congeladas. Tu rostro desencajado y absorto muy próximo al mío, ávido de deseo y contaminándome con un sudor que quisiste compartir conmigo sin preguntar.

Quizá fuera lo único que compartimos aquella noche. Supongo que no cabía esperar más de un encuentro fortuito, avenido en una ciudad extraña para mí y después de casi diez años sin vernos. Supongo que no tenía sentido esperar más de un tropiezo en el pasillo de un hotel en el que un teléfono y un inconfundible "joder" fue el motivo de la coincidencia. ¿Coincidencia, destino, casualidad…?

Me pareció que dos antiguos novios que no se habían visto desde la adolescencia tenían mucho que contarse y el hecho de elegir tu habitación fue simplemente porque la ventana daba al norte y tenía unas espléndidas vistas a la playa. Supongo que entonces pensé que tenía muy superada aquella obsesión que me sobrevino a los pocos meses de nuestra ruptura y que me llevó a una anorexia nerviosa y a barajar entre las posibles salidas de aquel oscuro pozo la idea de un suicidio dantesco, romántico, o sencillamente plebeyo. Pero me equivoqué.

Sé que fue la percepción de tu deseo la que activó el mío como la proximidad de un fósforo encendido prende a otro. Comenzamos bromeando, riendo juntos y jugueteando tímidamente a entrelazar nuestras manos. En unos minutos nos transportamos al pasado y el presente se diluyó entre las cañas de bambú de aquella habitación dejándonos solos. No sé si tú sentiste pasión o si simplemente el deseo provocó un vendaval que, poco a poco, también a mí me fue arrastrando. Sólo sé que mi cuerpo respondía a tus caricias y que en mí sí fue la pasión la que desterró todos los recuerdos negativos que yo había compuesto tras mi depresión como una barrera autodefensiva. "Sexo es sexo –pensé-. Millones de personas hacen esto a diario. Han pasado diez largos años… nada debo temer. Tengo 32 años".

Cerré los ojos y me dejé llevar mientras sentía la fuerza y la delicadeza de tus manos de pianista aferrar certeramente las mías. Noté que no era la primera vez que saboreaba tu boca, ni la primera vez que olía tu piel a pesar de que en el sexo la repetición nunca es exacta y siempre presenta la trascendencia de algo irrepetible. Debo confesar que me asustó la excelente memoria de mis sentidos, pero cuando entraste en mí y comencé a experimentar aquellos latigazos agudos de arriba abajo en mi interior, la sensación de miedo se disipó en mi cerebro como tu pene se disipaba en mi interior flagelando mis recuerdos.

Floté en un mar de sensaciones cuyas olas se hacen más inmensas a cada segundo, me sentía mecida por una marea alta que avanza y retrocede impaciente pero segura, empapados en tu sudor profanamos el silencio de aquellos muros con nuestros jadeos

agitados y mis repetidos intentos de tomar aire como una lubina a punto de morir.

De repente los diques del puerto se rompieron y toda el agua se desbordó en décimas de segundo sobre nosotros. Yo la sentí muy dentro de mí: cálida, densa y agitada. Hasta el último centímetro de mi cuerpo se impregnó de ti. Fue entonces cuando en algún punto el dolor y el placer se confundieron intentando convivir en un mismo lugar. Ahogué mi grito en tu cuello, me relajé y abrazada a tu cintura me quedé dormida.

No tardé mucho en despertar. La insidiosa luz del atardecer se filtraba por las cortinas y asfixiaba con su intenso color naranja nuestra intimidad. Comprobé que tú también te habías dormido y parecías mediocremente feliz.

Sigilosa fui al baño y dejé que el agua caliente de la ducha me golpeara a toda presión viendo entre el vapor esos muslos laxos y ese vientre plano del que siempre me había sentido orgullosa. Al salir de la ducha el espejo medio empañado me devolvió mi imagen distorsionada. No me gustó. Pero recordé perfectamente a la que entreveía dibujada en el espejo inmersa en bruma y vapor de agua. Era yo… hace casi diez años. Me miré tratando de enderezar el armazón de mi alma que sentía caer por momentos muy, muy abajo. Un encogimiento interior me invadió y se apoderó de todos mis gestos.

Comencé a vestirme apresuradamente mientras me preguntaba por qué aquella pasión había renacido, salvaje e invariable como cuando hacíamos el amor siendo adolescentes. Me pregunté perpleja por qué mi angustia radicaba en ese encuentro, por qué una vez más había impreso con la tinta de la pasión una amalgama de recuerdos que tardé dos años en borrar con ayuda de psicólogos y psiquiatras.

Llorosa me acerqué a la cama con un sabor amargo en la boca y ante ti tuve la impresión de que mi deseo de hacía unas horas se había transformado en… ¿amor? Estaba confundida de nuevo y me daba pavor pensar que podía repetirse la historia que había vivido diez años atrás pero el haber pasado ya por ello me dio fuerzas. Ahora sí era consciente de mi derrota: además ahora era una derrota

elegida, no impuesta, una derrota en la que yo había participado batallando en el frente.

Abandoné el hotel y me dirigí a la playa. Vestida avancé hacia un mar que al atardecer tenía un trágico color azul metal.

Me encontraron flotando boca arriba con los pulmones inundados y terriblemente fría. Aprisionada en un cerco de agua helada que rodeaba mi cuello y congelaba mis ingles. Al parece, mientras me reanimaban, en esos momentos de delirio, yo repetía insistentemente estas palabras: "una derrota más… una derrota sin triunfador".

Pipiola

(9.AMOR IGNORADO)
SERÁ ADIÓS, SI TU QUIERES

Todo cuanto de bello hay en el mundo
lo coloco ante ti y no vale nada.
No rasgues con el filo de tu espada
el velo de misterio con que cubro
la desnudez de mi alma.
No sabes todavía cuánto sufro
si siento que te sientes desdichada.
Jamás pensé ante ti perder la calma
ni parecer ansioso mientras busco
centrarte en mi mirada.
El tiempo del amor está inconcluso,
tu afecto es una obra inacabada.
Mi corazón se mueve como barca
que no consigue controlar el rumbo
estando la mar brava.
Queriendo amarte quise hacerme tuyo
pero en tu puerto no me das morada.
Intuyo que no estás enamorada.
Comprendo que si yo en ti pienso mucho,
tú en mí no piensas nada.

Si no sucede así te cedo el turno
para que vuelvas a agitar mi balsa.
Pero si no hay amor y mi alma sangra,
mejor le buscaré un lugar seguro
donde sin ti sanarla.
Gigi el Amoroso

SOBRE EL VALOR DEL SACRIFICIO

Este no es ningún artículo moralista. Trata sobre una tribu que, como dice el título, otorga un especial valor al sacrificio, a un tipo muy particular de sacrificio, para ser más exactos. La tribu africana de los Machuca no se caracteriza precisamente por sus ideas románticas. Al contrario, para una tribu que habita en las inhóspitas tierras del desierto de Namibia nada existe más ridículo que las ideas que apartan de la realidad. La vida en el desierto es muy dura. Bien lo saben los machucos. Tanto que comprenden perfectamente la necesidad del sacrificio para poder sobrevivir en sus resecas tierras.

Los Machuca no conocen la agricultura ni la ganadería. Emparentados lejanamente con los bosquimanos, se dedican, como ellos, a la caza y recolección, llevando una vida de duro nomadismo que ha marcado sus costumbres profundamente.

Los Machuca forman pequeños grupos constituidos por cuatro o cinco familias. Para evitar la peligrosa endogamia, las mujeres Machuca siempre se casan con varones de otros grupos tribales. Se trata la suya de una sociedad patriarcal en la que se venera a los ancianos y a los antepasados. No obstante, el liderazgo del grupo lo ejerce un varón de mediana edad. Parece ser que, antiguamente, el cargo era honorífico y se otorgaba generalmente al hombre más fuerte y experimentado. Pero actualmente el jefe ostenta el poder, así como el privilegio de aparearse con cualquier mujer del grupo, y el cargo es hereditario, pasando de padres a hijos.

En esta sociedad claramente estructurada, cada miembro del grupo sabe su papel y sus obligaciones. En la cumbre están los ancianos, eximidos de todo trabajo. En realidad, pocos son los hombres que alcanzan ese estado. No suelen vivir lo bastante para ser considerados viejos. Después están los hombres-guerreros. Para

los Machuca ambos términos, hombre y guerrero, tienen igual significado. Tras ellos los niños y adolescentes. Después las mujeres: madres, niñas y ancianas, por ese orden. Estas últimas deben trabajar hasta morir, al contrario que sus compañeros varones. No es raro, pues, que algunas mujeres Machuca, al empezar a padecer los achaques de la vejez, abandonen el grupo tribal y se dejen morir de hambre o devoradas por las fieras para evitar los múltiples sufrimientos de su edad avanzada. No obstante la situación de estas mujeres ancianas, todavía existe en esta primitiva sociedad un grupo de personas aún más marginadas y menospreciadas. Se trata de los no-hombres.

Como en muchas otras sociedades tribales primitivas, en la de los Machuca existe una ceremonia de madurez que constituye uno de los momentos más importantes y peligrosos en la vida de cualquier machuco. Para que un niño-adolescente machuco se convierta en adulto debe superar previamente una prueba en la que demuestre su capacidad de sacrificio. Sólo después de superar esta dura prueba el machuco podrá considerarse un hombre-guerrero, alguien que caza y tiene derecho a procrear en el seno de la comunidad.

Si en muchas tribus la ceremonia de paso a la adultez supone un rito de iniciación con drogas o alcohol, y en otras obliga al infante a realizar danzas, o bien requiere la captura de una presa, o la marcha durante unos días lejos de la aldea, en los Machuca, dada su idea cuasirreligiosa del sacrificio, la ceremonia de maduración pertenece a la categoría de las que suponen experiencias dolorosas y traumáticas, puesto que implica una mutilación corporal. No se trata de un arañazo, un corte o un tatuaje. No, los machucos van más allá en sus ideas de sacrificio.

Contrariamente a otras tribus primitivas, los Machuca establecen una relación consciente entre los genitales y la procreación. Suponen que, de algún modo, la cópula precede a la fecundación. Puesto que la procreación es la base sobre la que se sustenta el futuro de la comunidad, los Machuca establecen una extraña relación entre la paternidad y el rito de sacrificio que precede a la adultez. Una muy dolorosa relación.

Cuando el niño-adolescente está preparado para hacerse adulto –instante que deciden, de común acuerdo, el padre y los tíos del muchacho- el jefe de la tribu organiza la ceremonia de iniciación, transmutándose en una suerte de chamán que conecta a los mortales con el mundo de lo espiritual. Todos los hombres-guerreros y los ancianos de la tribu se emborrachan con una bebida fermentada que elaboran ellos mismos a partir de un cacto de aspecto fálico. Tanto las mujeres, como los niños y el aspirante a adulto tienen vedado probar la bebida mística. Los hombres beben sin mesura, hasta hartarse. Es entonces cuando el jefe entrega al aspirante el martillo ritual –que antes era una simple cachiporra de piedra pulida o un mazo de madera y hoy es, usualmente, un martillo occidental de hierro, adquirido por los Machuca para tal menester- y un paño –que antes era de cuero fresco y en nuestros días es de algodón- y da orden de empezar la ceremonia. Los guerreros empiezan a entonar con ritmo monocorde una especie de ulular ronco y profundo. El iniciado, tembloroso, debe sentarse sobre el suelo con las piernas extendidas y el paño colocado bajo sus genitales. A una seña del jefe-chamán, debe empuña el martillo y descargar con él una serie de violentos golpes sobre uno de sus testículos hasta dejarlo por completo machacado e inútil. Entre los alaridos del muchacho, que no tiene por qué ocultar el dolor y puede gritar, moquear o llorar cuanto quiera, el paño se tiñe de sangre. El golpear continúa durante unos eternos instantes hasta que, a una señal del jefe, los guerreros callan y el muchacho se detiene. Para finalizar, el jefe toma un afilado cuchillo –que en tiempos era de sílex u obsidiana y hoy es de acero- y, sin un gesto de duda, saja el escroto del muchacho y corta el testículo destrozado. Ahora el chico ya es adulto y puede ser curado de sus heridas por las mujeres y emborracharse con la bebida ritual para adormecer el dolor.

Pese a la extracción del testículo machacado y los cuidados de las mujeres, las heridas suelen infectarse y son bastantes los jóvenes que mueren varios días después de la ceremonia entre terribles dolores. Si sobrevive a la intervención, su padre le buscará mujer en las otras tribus y el joven guerrero podrá participar en las cacerías de los mayores como un adulto más.

Tradicionalmente, en cada grupo tribal existen dos partidos que suelen disputar los privilegios entre ellos: el de los que machacan su testículo izquierdo y aquel de los que se mutilan el derecho. En algunos grupos, la pertenencia a los izquierdos o los derechos es asunto familiar. En otros grupos es el joven quien decide por su cuenta sus preferencias testiculares. Existen algunas tribus en las que la rebeldía filial se traduce en cambiar al partido opuesto al paterno. Y es tradición general que, en la familia del jefe, se alternen generación tras generación la mutilación del testículo izquierdo y el derecho.

La dolorosa ceremonia de iniciación entre los Machuca tiene un significado muy especial. Con la mutilación, los machucos demuestran que son capaces de asumir el mayor de los dolores y renunciar a lo más querido e importante a favor del grupo tribal. Puesto que un testículo es suficiente para procrear, cada machuco renuncia a la mitad de su aparato reproductor. Sólo quien renuncia merece ser hombre.

Es tal la importancia que los machucos dan a esta ceremonia que, pese al miedo innato de los jóvenes al dolor, pocos son los que se niegan a concluir el ritual. Ninguno lo hace voluntariamente, pero sí se han dado casos de pobres niños que han sido incapaces de descargar el golpe fatal sobre uno de sus testículos o que, indecisos, han golpeado sin la violencia necesaria. No terminar la ceremonia constituye la mayor vergüenza para cualquier machuco y la humillación pública de toda su familia. A estos que no acaban la mutilación es a los que se les llama no-hombres, la hez de la sociedad. Y más les valdría haberse mutilado y vencer el terror. Porque, aunque en algún caso un joven machuco no-hombre ha sido expulsado de la tribu como único castigo, no es esta la situación habitual. La indignación de la familia suele traducirse en la ira de todos contra el hijo-hermano-nieto-sobrino, de modo que es frecuente ver al padre empuñar la maza ritual o el cuchillo del jefe y golpear o acuchillar a su retoño sin piedad, jaleado y apoyado por los demás miembros de la familia, que empuñarán seguidamente sus armas contra él. El no-hombre que sobrevive es un caso extraordinario. El que muere lapidado o de la primera cuchillada es afortunado. No es raro que la mayoría de los

machucos finalicen la ceremonia. Vistas así las cosas, también las ancianas machucas pueden considerarse, en cierto modo, afortunadas.

Realmente, los Machuca no constituyen una sociedad de costumbres refinadas.

Euforia de Lego

EL TRIUNFO

Me sentí mareada y noté como la temperatura de mi cuerpo descendía vertiginosamente a pesar de que el agua estaba templada. Me había alejado demasiado de la orilla y las olas me mecían a su antojo haciendo que mis esfuerzos por avanzar hacia la playa fueran inútiles. Intenté tranquilizarme. Estaba lejos, pero sabía que no eran más de quinientos los metros que me separaban de ti y yo era una nadadora experta que impartía cursos de natación durante los veranos y podía nadar dos mil metros seguidos sosegadamente. Era consciente de que no podía dejarme llevar por el pánico. La clave estaba, yo lo sabía bien, en respirar rítmica y relajadamente y en no tragar agua. Me limité a moverme para entrar en calor y desentumecer los músculos. Los sentía abotargados, rebeldes y tensos. Se resistían a obedecer mis reiteradas órdenes como una tropa de marineros amotinados que se sublevan contra el capitán y deciden no acatar instrucciones ni siquiera en situación de naufragio. Dirigí mi vista hacia la orilla y sólo pude divisar un punto oscuro sobre la ingravidez de la arena que se fue difuminando cada vez más hasta convertirse en una mancha grisácea e inconexa que se movía como un péndulo de izquierda a derecha. Cerré los ojos y extendí todo mi cuerpo boca arriba sobre la superficie dejándome columpiar por unas olas que, en apenas unos segundos, se transformaron en trombas de agua blancoamarillenta, viscosas, espesas, densas. Pude ver como desde el horizonte una costra blanquecina avanzaba decidida y rápida mutando por completo el color de aquel mar azul hasta convertirlo en un extenso desierto de escarcha blanca y helada que aprisionó mis brazos y piernas impidiéndome mover. Los dedos de mis manos, como un último intento de supervivencia, removían pequeñas esquirlas de agua helada como las hélices de un rompehielos. Un movimiento circular inundó mi mente y me trasladó hasta la cálida arena junto a

tu cuerpo sudoroso y pálido, ese cuerpo cuyas formas yo ya no recordaba. Sentí que mi temperatura corporal subía por momentos. Pero aquella sensación de calidez se esfumó cuando el cerco de agua helada rodeó mi cuello y congeló mis ingles.

Te recordaba de forma vaga. Durante aquellos nueve años y medio una de mis intenciones más acusadas fue aniquilarte mentalmente. Me costó bastante. Todavía dos años después de nuestra ruptura podía evocarte cuando quería dibujando nítidamente en mi cabeza tu imagen perfecta e inmutable y consiguiendo la mayor definición que permitiría la mejor cámara fotográfica. En muchas ocasiones entonces, pensé que viajarías conmigo siempre a pesar de que yo te consideraba ya un compañero de viaje non grato. Pero me equivoqué. El tiempo se convirtió en mi aliado, en mi cómplice, en mi socio y, juntos, te desbancamos de ese privilegiado puesto que ocupabas en mis recuerdos. Habían pasado casi diez años y apenas hubiera podido reconocerte en aquella ciudad que visitaba por primera vez si no hubiese sido por esa inconfundible expresión tuya que siempre utilizabas cuando algo te sorprendía y que yo creí haber olvidado.

Supongo que fue una casualidad, aunque mis amigos prefirieron llamarlo destino. Yo, sin embargo, nunca creí en el destino: sí en la casualidad y en la causalidad, pero no en el destino. Estaba de visita por unos días en una ciudad costera a la que acudía más por obligación que por devoción, puesto que ir a celebrar un nacimiento a mis treinta y dos años siendo yo un amago de solterona y viendo la felicidad que parecían compartir mis amigas casadas, no era precisamente mi idea de vacaciones maravillosas.

Pasé los dos primeros días entre la concurrida playa repleta de carne a la parrilla enrojecida y el idílico apartamento de mi amiga, decorado como un carrusel de feria y asfixiantemente perfumado a bebé.

Aquella tarde tenía planeado ir a cenar sola junto al puerto y acudir después a una función de teatro contemporáneo, así es que me dirigí a un locutorio para comunicar a Natalia que no me esperaran despiertos. Yo sabía que, posiblemente, llegara a la hora que llegara, ellos estarían despiertos con sus cuatro ojos como platos sobre la

cuna de Andreíta, amarrados de la cintura y profesándose un amor que yo envidiaba en ocasiones y que me asqueaba en otras.

El locutorio en el que entré era un lugar sicodélico y estrafalario que me recordó las "cabin-shops" del barrio chino londinense: piloto rojo en la parte superior de cada cabina, luz de neón muy pobre, suelos combinados de baldosas rojas y negras y, lo más curioso, doce cabinas, cada una de ellas con un enorme signo del zodiaco que decoraba las puertas y ponía de manifiesto el escaso gusto estético del propietario. Pedí un número. "Libra: arriba a la derecha". Yo soy capricornio, así es que lo único que pensé es que me parecía estúpido organizar así un locutorio. Además ni siquiera había un orden en la distribución de las "zodiaco-cabinas".

Hacía calor y casi todos los compartimentos tenían las puertas abiertas como en un intento de acaparar para sí el escaso aire que emitía el pequeño ventilador rojo que colgaba entre el techo y la desconchada pared granate. Marcaba el número cuando oí tu voz en aquella expresión inconfundiblemente tuya. Hay tantas formas de decir "joder" como de cocinar la pasta, de besar o de hacer el amor. Pero yo podría reconocer aquel "joder" entre una multitud. El paso de los años había borrado las imágenes, los recuerdos, las sensaciones, los olores…, pero me sorprendió tanto la memoria de mi oído, que no pude disimular mi curiosidad y miré en la cabina de al lado. Capricornio y tú. Me reconociste de inmediato. Libra y yo. Te reconocí tras un aturdimiento pasajero y unos segundos pensando en la absurda casualidad de que tú eras libra. Sentí acelerado mi corazón y una inusitada animosidad creciente me transportó a esos años de adolescencia caracterizados por las primeras citas, esas que quedan grabadas a fuego debido al exceso de adrenalina que consumimos entonces.

Nos saludamos como lo hacen dos viejos compañeros de escuela o trabajo. Una hipócrita sonrisa intentaba ocultar el gesto de asombro que cualquiera habría podido percibir en nuestros rostros. Me invitaste a un café y yo accedí sin titubear mostrándome quizá demasiado receptiva a tu proposición pero, sinceramente, me pareció tan amable y formal que hubiese sido descortés negarse.

El lugar elegido era también amable y formal. Agradecí la semipenumbra interior pensando que así disimularía las imperfecciones que el agua salada había dejado en mi piel. Además la pequeña mesa de hierro forjado y mármol me permitía lucir mis piernas que yo consideraba aún estilizadas y bellas. Pedí un capuccino y una de las deliciosas especialidades dulces de la casa. Tú acompañaste el café amaretto con un cigarrillo que apuraste, como entonces, al máximo. Hablamos varias horas y la conversación se fue haciendo cada vez más fluida, más natural, más cercana. Trabajabas de controlador aéreo en esa ciudad y te habías casado con una azafata de vuelo madrileña de la que te divorciaste a los cuatro años de pasar por el juzgado. Reímos mi comentario sobre aquel matrimonio de altos vuelos que, al parecer, te había salido por las nubes y que te tuvo en el aire durante casi dos años hasta que un día pisaste tierra y encontraste a tu mujer fornicando aparatosamente en un Boeing 747 con un maduro instructor de vuelo escandinavo gordo, rubio y muy peludo. Supongo que lo definiste así porque sabías que esas tres características (gordo, rubio y peludo) eran tres cualidades que yo detestaba en un hombre.

Tras una animosa charla propusiste ir a la playa a pesar de que no era la hora más propicia para hacerlo. La tarde daba sus últimos coletazos y la intensa luz anaranjada de aquel inmenso sol que se filtraba por la cristalera del café cegaba los ojos y abrasaba los párpados.

Sentados en la arena disfrutamos juntos explorando sensaciones sencillas, sensaciones que podrían ser más cotidianas si nos tomásemos más tiempo para nosotros y restáramos más tiempo al mundo. Oímos el canto de los grillos, olimos el aroma que traía la brisa, sentimos el calor de la arena en nuestra espalda, observamos las estrellas y descubrimos esas nuevas galaxias que sólo aparecen en las cálidas noches del verano.

Las mejillas me ardían y tú, que te percataste de ello, las tocaste con tus delicadas manos de pianista. Aquel movimiento fue un claro arrullo de caricia que yo acepté sin ruborizarme. Pero supongo que fue aquella caricia la que liberó mi cuerpo de su voluntad haciendo que mi respiración se agitase por momentos. Los deseos mudos de

cada uno se fueron haciendo cada vez más evidentes mientras las estrellas fugaces coleaban efímeras tratando de fecundar la esfera del universo.

Sentí tu aliento calentando mi nuca y noté como tu cuerpo se acercaba interrogante. No ofrecí resistencia cuando acercaste tus labios a los míos y sabía muy bien que la primera razón por la que iba a permitir que me besaras es porque ahora, después de nueve años y medio, yo no tenía nada que perder y los recuerdos no iban a joderme otra vez.

Me sorprendió reconocer el sabor de nuestras lenguas que se entrelazaban húmedas como dos anguilas en el lecho de un río. Tus manos examinaron mi cuerpo con la codicia de un buscador de tesoros que cree tener cerca el botín y, al llegar a mis muslos, tamborileaste con los dedos haciendo que yo sintiese esos escalofríos que nadie me había hecho sentir después. Adelantaste tu pierna y la plegaste entre las mías mientras desabrochabas tu cinturón y subías mi falda. Demorándote por mi cuello, inundándolo de besos, entraste en mí apresurado pero suavemente, como una mariposa arrepentida de posarse sobre una flor demasiado frágil. Pero yo ya no era una frágil flor. Mi cuerpo respondía a tus embestidas fuerte, seguro, con entereza. Era evidente que yo lo deseaba tanto como tú, así es que simplemente nos dejamos llevar. Escuchaba nuestras respiraciones entrecortadas superponiéndose la una a la otra como una sinfonía de jadeos amplificados a su máximo volumen estrellándose contra el silencio de la tarde. Y fue precisamente cuando nuestros jadeos explotaron cuando lo supe certeramente: la esencia de mi angustia de aquellos dos años de depresión pasados radicaba en mis deseos reprimidos, en mi miedo a ti, en mis encuentros abortados con otros.

Te relajaste y te tumbaste boca arriba. Tu pene reposaba ahora hacia un lado. Temblabas e intentando disimular tus gemidos cambiaste de posición y te sumergiste en un profundo sueño.

Una ráfaga de viento me escupió la cara como invitándome a levantar. Me sentí un poco mareada. Tarareaba una canción que no recordé haber aprendido y veía el mar de un color azul metal precioso que me atrajo hacia sus adentros. Allí, desnuda, a mis treinta y dos

años, me encontraba discretamente bella, plenamente segura e inmensamente feliz.

Recuerdo que estuve nadando mucho tiempo aunque no soy capaz de creer que fueron casi dos horas. Sólo sé que, mientras nadaba, los recuerdos de esas horas pasadas se extinguían hundiéndose en el mar y las imágenes se volvían meros reflejos a mi alrededor.

Me encontraron flotando boca arriba con los pulmones inundados y terriblemente fría. Aprisionada en un cerco de agua helada que rodeaba mi cuello y congelaba mis ingles. Al parecer, mientras me reanimaban, en esos momentos de delirio, yo repetía insistentemente estas palabras: "un triunfo mío… un triunfo sin derrotado".

Pipiola

(10.AMOR VOLUNTARIOSO)

…QUE POR BIEN NO VENGA

Cuando estás lejos es fácil.
Me digo: ya no te quiero.
Pero te veo y sí te quiero.
Me digo: tú no me quieres.
Te veo y no, no me quieres.
A veces lamento mi falta de voluntad,
pero, a menudo, pienso que mi inconstancia es una suerte.
Si mi amor fuera tan fiel como tu desamor,
a mí me tocaría sufrir doblemente.

Gigi el Amoroso

EL SAGRADO VÍNCULO DEL MATRIMONIO

No voy a hacer aquí y ahora un panegírico del matrimonio. No negaré que soy una ferviente defensora de tal sacramento y lo que significa para nuestra Santa Madre Iglesia. Sólo deseo en estas páginas, dedicadas a un tema tan hermoso como el romanticismo, del que el más claro exponente es, precisamente, el vínculo marital,

referirme a una posible boda real que, desgraciadamente, ya nunca llegará a celebrarse. Poco importa la boda en sí. Todos olvidarán las veleidades de nuestro príncipe. Pero hay una cuestión de fondo que exige de un análisis más profundo que estoy dispuesta a realizar en aras de una mejor comprensión de las bondades del cristianismo.

Cuando nuestro príncipe se enamoriscó de una hereje plebeya que se dedicaba a la dudosa profesión de maniquí –eso que ahora dan en llamar modelo- fueron muchas las voces que se alzaron en contra de un posible enlace. Sobre todo se elevaron en contra de tan desigual matrimonio muchas voces monárquicas y cristianas. No diré que me satisfaga plenamente el hecho de que la futura reina consorte pudiera haber sido una plebeya. Pero hay pecados más vergonzantes que ese, incluso para un rey o un príncipe. Para mí ha sido una desgracia nacional el hecho de que tal supuesta boda no llegase a buen término. Ante todo, y precisamente, por ser la novia plebeya y, lo que aún es más importante, hereje.

Para mí habría sido el más sagrado y productivo matrimonio aquel que enlazase a nuestro cristiano príncipe con una hereje luterana, plebeya a mayor abundancia, puesto que tan grande sacrificio por parte de Su Majestad habría atraído la luz hacia las almas de aquellas gentes nórdicas condenadas por su equivocada fe a las que la plebeya representaba. Cuando los noruegos hubieran visto a su humilde Cenicienta cristianizada y convertida en reina de una gran nación, muchos de sus paisanos, orgullosos y emocionados por el ejemplo, se habrían convertido, sin duda, a la fe verdadera que representa la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana de la que nuestra monarquía es uno de sus más preclaros ejemplos. Si París bien vale una misa, Oslo bien habría merecido el sacrificio marital de nuestro príncipe, para convertir a los herejes. Nunca sería demasiado tarde para que la luz de la Contrarreforma hubiera llegado a aquel frío país ni para que su capital recuperase el santo nombre que un día la adornó: Cristianía. Poco habría importado mezclar la noble sangre de los borbones con la de un pueblo extranjero si el heredero de la corona ganaba la santidad y la transmitía a su descendencia. En fin, ya que tal caridad cristiana no se llevó a cabo para con los noruegos, propongo en esta columna que nuestro Felipe se comprometa con otra

hereje o con una infiel mahometana o budista. Bien pensado, no sería mala cosa emparentar con jeques árabes cargados de petrodólares o con el honorable y enriquecido pueblo de Japón. Lo de menos es la nobleza cuando los asuntos de fe están en juego. ¿Acaso no casaron algunos de sus gloriosos antepasados con princesas herejes por razones meramente políticas? Pues que ahora el heredero se case por fe y lo haga con una plebeya infiel o atea y atraiga con la boda la conversión de miles de almas condenadas.

Confío en que estas sentidas palabras sirvan de germen para una nueva vocación misionera de toda la nobleza patria con la monarquía a la cabeza. Ojalá todas las bodas reales fueran santas y evangelizadoras en la medida en que lo habría sido esta que yo propongo.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera

CARTAS AL DIRECTOR

(algún día lo nombraremos o sortearemos el cargo)

CONFESIÓN "AMOROSA"

Confieso que no resisto la tentación. Tenía previsto hacer pasar a este Gigi el Amoroso por un amigo o un discípulo mío. Confiaba en que cualquier mente lo bastante lúcida como para apreciar la belleza de las rimas dedujera el nombre verdadero del poeta que había de esconderse tras ellas. Pensé después en ocultar mi nombre y confesar mi autoría en el número siguiente de la revista. Pero no he resistido la tentación de darme a conocer en este número. Sí, lo han adivinado, soy yo, Antón Martín Pirulero, el único capaz de entrelazar tan bellos pensamientos sin perder la consonancia o sin abusar de la asonancia. He de añadir que, además del natural orgullo, me ha movido a incluir esta confesión un temor, y es el de que los redactores de esta revista, o cualquier otro envidioso, tratasen de apropiarse de mis versos para colocar su nombre tras ellos, haciendo pasar por suyos aquellos pensamientos rimados que sus pobres cerebros jamás serían capaces de hilar. Pueden felicitarme por estos versos. Más aún si tienen en cuenta que un poeta como yo jamás ha estado enamorado.

El romanticismo y sus angustias son para mentes inferiores, no para cerebros privilegiados. Perdonen que esta nota no esté versificada, como es mi costumbre. Cuando me emociono soy incapaz de rimar. Suyo, atentamente:

Antón Martín Pirulero

Querida Crescencia:

Crescencia de mis amores y de mis entretelas. Ya sabes que te amo con locura y veneración. Por eso te escribo aquí esta declaración de amor, porque sé que tú la leerás y a mí no me importa que todo el mundo sepa de mi amor. Sé que tú no me quieres. No, al menos, como yo a ti. Pero sé también que, aunque me llames gusano inmundo y ladilla universal, no lo piensas de veras. Tú crees que me odias pero en el fondo de tu corazón sientes lástima por mí. Sé que no puedo aspirar a tu amor. Soy demasiado poco para ti, tan perfecta que no existen palabras con que describir tus gracias infinitas. Comprende, por eso mismo, que no pude evitar enamorarme de ti como un demente. Si cuando te vi me lancé a tu cuello como perro rabioso fue porque me devoraba el deseo, perdido cualquier resto de cordura. Lamento haber desgarrado tu vestido y haberlo llenado de babas. Mi amor, ahora lo comprendo, es demasiado poco para ti. Tómalo como triste homenaje a tu belleza sin par.

Me dices, con tu voz dulcemente gangosa y con ese ceceo tan encantador, que me vaya a la mierda, que no me soportas. No sabes que con tus palabras sólo ahondas en la profunda herida que tus hermosos ojos rasgados, tan coqueta y profundamente hundidos en sus órbitas, huesudas y salientes, abrieron en mi pecho. No me odies. No me eches de tu lado. Te lo suplico. No podría vivir sin tu dulce presencia. Eres tan perfecta, tan hermosa, que no sé por cuál de tus innumerables virtudes me enamoré primeramente de ti. Quizá fue por toda ti en conjunto, que te me presentaste en visión angelical y querúbica. No sabría decir cuál de tus rasgos me resulta más encantador. Quizá fue por la forma de tu nariz, graciosamente ganchuda pese a su volumen considerable, adornada por esa colección de verruguitas que me hacen soñar con el Paraíso. Quizá por tu boca, tan grande que parece diseñada para besar, capaz de comerme

entero, de un solo bocado. Quizá por la gracia incomparable de tus mejillas sonrosadas y rollizas, que parecen quererse escapar de tu cara. ¡Y qué hermosas son cuando, comiendo chuletones y tocino, se llenan de grasa brillante! Viéndote comer, me enamoro de tu apetito y me gustaría lamer la grasa que gotea por tu barbilla redonda y tu adorable papada. Viéndote comer, me enamoro de tu lindo bozo negruzco salpicado de pelillos cortos y crespos. Y tu cabello todo, tan rubio, tan rebelde, con graciosos rizos que se mezclan singularmente con los largos pelos que brotan de tus sobresalientes orejas, tan grandes y magníficas, dispuestas en delicioso abanico. Y qué decir de tu cuerpo, tan esférico que roza la perfección soñada por los griegos. ¡Quién fuera rosa oprimida en tu generoso pecho! ¡Qué no daría yo por asfixiarme en la exuberancia de tus inabarcables volúmenes!

Me dicen que te tengo idealizada. Que no hablas porque posees una inteligencia inferior. Que no sonríes porque posees una dentadura mellada y verdosa. Que eres fea y violenta. ¡Locos! ¡Envidiosos! Eso es porque no te han visto caminando en bikini por la playa. Con tu redonda barriguita bamboleando al ritmo de tus caderas. Con esas adorables lorzas que se forman en tus muslos marcando hermosísimas estrías que me hacen recordar el oleaje del mar y los tristes vaivenes de mi pobre corazón. No comprenden que eres una gran mujer. Demasiada mujer para un pobre adorador como yo. ¡Eres perfecta! ¡Eres única! Y no me atrevo ni siquiera a descalzar esos bellos pies que tantas veces he soñado. Esos pies blancos y esbeltos, de graciosas uñas curvas y negras. Esos pies que se prolongan, sin solución de continuidad, en tus anchos tobillos, en tus gruesas pantorrillas y tus majestuosos muslos. Esos pies que me hacen soñar. Esos pies que el regordete índice de tu delicada mano hurgaba, buscando qué sé yo qué oscuro tesoro entre sus no menos gruesos dedos. Me siento incapaz de describir tanta belleza. Sólo puedo recordar tu rostro angelical, tu cuerpo perfecto, tus gestos, la gozosa sensación de sentirme enfocado por tus ojos ligeramente estrábicos, enmarcados en tu poblada ceja sobre un ceño prominente que adquiere ese gracioso mohín de desagrado, tu risa sonora, salpicada de simpáticos hipos, que hace retumbar la habitación. Y hasta adoro esa especie de alergia que enrojece tus párpados, que te

causa urticaria y te provoca un moquear continuo y acuoso. Sólo puedo decirte que te quiero. Que muero sin ti. Y que por las noches, mientras lloro desconsolado por tu desamor, sueño que tu brazo musculoso, velludo y varonil me obsequia con esa hostia que un día me ofreciste como doloroso premio a mi constancia. Morir por tu amor, ¡esa sí que sería buena muerte!

¡Crescencia, te quiero!

Narciso de Lego

EPÍLOGO

Tiene gracia esto de razonar acerca del romanticismo. ¿Como si sirviera de algo racionalizarlo? Nos gusta tanto presumir de nuestra capacidad de raciocinio, de la esencia del hombre como ser pensante, que no nos damos cuenta de cuanto deseamos dejar de lado la razón para apasionarnos sin sentido por cualquier persona, idea u objeto. O sí nos damos cuenta y somos racionales pese a todo. Aunque, secretamente, disfrutemos dejando de lado la razón de vez en cuando.

Si todo lo reducimos a la razón nos sentimos como máquinas. Si todo es sentimiento, nos acercamos a la locura. Quizá nos fascina la locura y es por eso por lo que, mientras renegamos de la pasión y nos entregamos a nuestras vidas programadas y monótonas, llenas de sentido y razón, al menos en las justificaciones que inventamos para nosotros mismos, esperamos con ansiedad que la pasión se cruce en nuestras vidas y nos despierte del letargo. Deseamos desesperadamente, aunque de modo apenas consciente, la presencia de ese Werther que todos intuimos en nuestro interior. Deseamos sentirnos vivos y llenos. Las vidas sin pasión nos parecen grises. Las apasionadas, aventureras y peligrosas. Y así, atrapados entre nuestros sentimientos y lo que nos dicta la razón, nos movemos a través de la duda. Parece que con los años va venciendo el yo racional, pragmático y egoísta. Pero su tiranía no es completa. Por mayores que nos hagamos siempre llegan los momentos en que el pequeño romántico escondido sale a la luz y se entrega con fervor a sus anhelos. Quizá luego vuelve a encogerse, atormentado por el dolor. Quizá hasta nos queda una llaga en el corazón que puede permanecer

para siempre sin ser curada del todo. Pero el recuerdo que todo lo adorna, nos mostrará aquel pasado apasionado como un instante pleno de vida Mil veces superior a la indolencia habitual.

Uno no puede ser Werther todo el tiempo. Basta con recordar cómo acabó el pobre Werther. Aunque a alguno le puede parecer apetecible su fin, no es ese el caso, me temo, de la mayoría de los mortales. Pero tampoco podemos renunciar a la pasión. Ni ser continuamente racionales. De modo que parece saludable dejar brotar, de vez en cuando, a ese romántico que todos –o la gran mayoría de nosotros- llevamos dentro para que nos haga sentir vivos, nos libere de la implacable razón y nos convierta, siquiera por un tiempo, en verdaderos seres humanos.

EL PUNTO Y FINAL

Una docena de números de esta revista debería darnos perspectiva y madurez. Me temo que no hemos alcanzado lo uno ni lo otro, aunque sí proseguimos con nuestra inevitable evolución (no intuyo progreso, en otro caso quizá sería más adecuado hablar de involución).

Como siempre, nos queda agradecer su colaboración a quienes, desinteresadamente, participan de este sueño: Eva Segura por su portada, Martin's, que lleva camino de convertirse en un habitual, Mónica González, Inma Rodrigo, la tímida Pipiola e, inevitable, El temible burlón. Quizá también deberíamos esta vez incluir en los agradecimientos a todos los autores románticos del pasado que nos han hecho disfrutar y vibrar, así como a esos personajes que nos han regalado y que son modelos siempre vivos de romanticismo. En el futuro nos gustaría poder dar las gracias por su colaboración a muchos otros colaboradores. Así que, si queréis uniros a este grupo de soñadores y aportarnos vuestras ideas, o vuestras críticas, podéis enviar las colaboraciones a:

despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:
http://eldespertar.bubok.es

P.D.: Aquellos que son alérgicos al romanticismo, pueden quedarse tranquilos. La enfermedad es inevitable para los que la padecen, pero no parece contagiosa. Sentimos decirlo, pero tampoco conocemos su cura o vacuna, aunque algunos dicen que la vida moderna ha reducido notablemente los índices de incidencia.